



Iván Turguénev

# Primer Amor

**E** LEJANDRIA

COLECCIÓN REGENTE

3

# PRIMER AMOR

POR

IVAN TOURGUENEFF



TRADUCCIÓN ESPAÑOLA

de

TOMÁS ORTS-RAMOS



BARCELONA

RAMON SOPENA, EDITOR. — Administración de LA VIDA GALANTE

Calle de Gravina, 10

1900

# ÍNDICE

1. [Portada](#)
2. [Primer amor](#)

### 3. PRIMER AMOR

4. [I](#)

5. [II](#)

6. [III](#)

7. [IV](#)

8. V

9. [VI](#)

10. [VII](#)

11. [VIII](#)

12. [IX](#)

13. [X](#)

14. [XI](#)

15. [XII](#)

16. [XIII](#)

17. [XIV](#)

18. [XV](#)

19. [XVI](#)

20. [XVII](#)

21. [XVIII](#)

22. [XIX](#)

23. [XX](#)

24. [XXI](#)

LIBRO DESCARGADO EN [WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM), TU SITIO WEB DE OBRAS DE  
DOMINIO PÚBLICO  
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

## **PRIMER AMOR**

**IVAN SERGUEEVICH TURGUENEV**

**PUBLICADO: 1860**

**FUENTE: BIBLIOTECA DIGITAL HISPÁNICA**

**EDICIÓN: RAMÓN SOPENA, BARCELONA, 1900**

**TRADUCTOR: TOMÁS ORTS RAMOS**

## PRIMER AMOR

Dedicado á P. V. Annenkov.

Los convidados se habían marchado desde hacía largo rato. En el reloj dieron las doce y media, y en la habitación no quedaban ya más que el dueño de la casa y sus dos amigos Serguey Nicolaevitch y Wladimiro Petrovitch.

El dueño llamó y dió orden de llevarse los restos de la cena.

— Asi, pues, está decidido — dijo arrellanándose más en su butaca y encendiendo un cigarro; — cada uno de nosotros debe contar la historia de su primer amor. Usted empezará, Serguey Nicolaevitch.

Serguey Nicolaevitch, un hombre regordete, rubio y de rostro colorado, miró al dueño de la casa, y después dirigió sus ojos al techo.

— Yo nunca he tenido primer amor — dijo por último;—yo empecé directamente por el segundo.

— ¡Cómo es eso!

— Muy sencillamente. Tenía yo dieciocho años, cuando por primera vez cortejé á una linda joven; pero lo hice como si tuviera experiencia, y como después se lo he hecho á otras. En puridad de verdad, yo sólo he estado enamorado por primera y última vez, cuando tenía seis años, de mi niñera. Ya comprenderéis que de esto ya hace bastante tiempo. Los detalles de estas relaciones se han

borrado de mi memoria, y por lo demás, si los recordase, á nadie interesarían.

— ¿Qué hacer, pues? — dijo el anfitrión. —De mi primer amor yo no tengo nada interesante que contar. Antes de conocer á Ana Ivanovura, mi mujer actual, yo no he sentido realmente amor, y para nosotros todo fué como sobre ruedas. Nuestros padres nos habían prometido de antemano; nosotros nos gustamos rápidamente y nos casamos sin demora. He aquí mi relato en dos palabras. Os confieso, señores, que al iniciar la relación del primer amor, esperaba que vosotros, solterones, no diré viejos, pero tampoco jóvenes, tuviéseis algo curioso que decir. Quién sabe si será usted, Wladimiro Petrovitch, quien tenga algo interesante que contar.

— Mi primer amor está relacionado, en efecto, con acontecimientos extraordinarios — contestó con un poco de perplejidad Wladimiro Petrovitch, un hombre de unos cuarenta años, y de cabellos negros que comenzaban á griscar.

— ¡Ah!— exclamaron á un tiempo el dueño de la casa y Serguey Nicolaevitch. — Tanto mejor... Cuente usted.

— Sea... ó mejor dicho, no. No lo contaré, porque no tengo grandes cualidades de narrador. Mi relato podría parecer seco y corto, ó bien muy detallado y falso; pero si me lo permitis, yo escribiré todo lo que recuerde y os lo leeré.

Los amigos, al principio no querían consentir; pero Wladimiro Petrovitch se mantuvo firme. Quince días después se reunieron de nuevo, y nuestro narrador comenzó su historia. He aquí lo que había escrito.

# I

Tenía yo entonces dieciséis años. Era durante el verano de 1833. Yo vivía en Moscou, en casa de mi familia. Ellos habitaban en el campo una quinta alquilada cerca del muro del recinto de Kalouga. Yo me preparaba para ingresar en la Universidad, pero trabajaba poco y sin apresurarme. Nadie cohartaba mi libertad. Hacia lo que bien me petaba, sobre todo desde que me vi libre de mi preceptor francés, el cual no podía acostumbrarse á la idea de que él había caído «como una bomba» en Rusia, y con la desesperación pintada en el rostro, durante todo el dia, no hacia otra cosa que dar vueltas, en la cama.

Mi padre me trataba con una afabilidad indiferente; mi madre apenas si se ocupaba de mi, aunque no tenia más hijos; pero otros cuidados le absorbían el tiempo.

Mi padre, un hombre aún joven y guapo, se casó con mi madre, que tenia diez años más que él, por interés.

La vida de la pobre señora era bastante triste: constantemente inquieta, celosa, irritada, pero disimulándolo siempre en presencia de mi padre, á quien temia mucho. En cuanto á éste, siempre frío y reservado, se mantenía á distancia. Jamás he visto un hombre más galantemente tranquilo, seguro de si mismo é imperioso.

Nunca olvidaré los primeras semanas que pasé en aquella casa de campo. El tiempo era magnifico. Habíamos llegado al 9 de Mayo, precisamente el día de San Nicolás. A veces me paseaba por el jardín, á ratos por el muro del recinto, llevando conmigo algunos

libros — el tratado de Kaïdanor entre otros — pero éste raras veces lo abría, prefiriendo recitar en voz alta versos que me sabia de memoria. La savia hervía en mí y mi corazón languidecía de un modo dulce y agradablemente romántico. Esperaba no sé qué, me sentía tímido, me sorprendía y siempre me hallaba aguardando el quién vive. Mi imaginación extraviada vagaba y voltigeaba rápidamente alrededor de las mismas imágenes, como al amanecer las golondrinas alrededor del campanario.

Me volvía soñador, me entristecía, lloraba. Pero tristeza y lágrimas que me inundaban bajo la impresión de un verso musical ó de la belleza de una tarde, salía como una flor de primavera, el sentimiento alegre de una vida joven y desbordante.

Para mi uso tenia un caballito de silla, que yo mismo ensillaba, y me iba sólo muy lejos, lanzándolo á galope, figurándome ser un caballero en plaza. ¡Y con qué alegría silbaba el viento en mis oídos! O bien alzando el rostro hacia el cielo, encerraba su luz y su azul brillante en mi alma abierta.

Me acuerdo que en aquel tiempo, la imagen de una mujer, el fantasma del amor, jamás se manifestaba en mi espíritu con bien definidos contornos. Pero en todo lo que pensaba, en todo lo que sentía, se ocultaba no obstante un presentimiento semiconsiente y púdico de algo desconocido, inexplicable, dulce y femenino.

Este presentimiento y aquello que esperaba, penetraba en todo mi ser y se convertía en el aire que aspiraban mis pulmones; circulaba por mis venas mezclado con gotas de mi sangre... La suerte quiso que bien pronto aquello fuese realidad.

Nuestra quinta se componía de una casa señorial de madera, construida con columnas y de dos pabellones bajos. En el pabellón da la izquierda había una fábrica de papeles pintados.

Más de una vez yo habia ido allí para ver cómo una docena de muchachos mal peinados y flacos, vestidos con túnicas sucias, de rostros hinchados de bebedor, saltaban encima de bastidores de

madera que habia sobre las prensas, y de este modo, por el solo peso de sus cuerpos frágiles, imprimian el dibujo sobre el papel.

El pabellón de la derecha estaba por alquilar.

Un dia, tres semanas después del 9 de Mayo, las puertas de las ventanas de este pabellón se abrieron y apareciendo en ellas varios semblantes de mujer. Una familia cualquiera se había instalado allí.

Me acuerdo que este mismo día, durante la comida, mi madre preguntó al mayordomo quiénes eran los nuevos vecinos, y habiendo oido el nombre de la princesa Zassequiue, dijo enseguida, no sin cierto respeto:

— ¡Ah! princesa... —pero añadió enseguida: —Probablemente arruinada.

— Han venido en tres coches — advirtió con deferencia el mayordomo, presentando un plato. — No tienen carruaje y sus muebles son muy ordinarios.

— Si, — contestó mi madre — pero no obstante, se trata de personas de rango.

Mi padre la miró friamente, pero no dijo nada.

En efecto, la princesa Zassequine, no debia ser muy rica. El pabellón que habia alquilado era tan viejo, tan pequeño y tan insignificante, que gentes de posición menos que mediana no lo hubiesen aceptado.

Por mi parte no me fijé en nada de todo aquello. El titulo de principe no me imponía. Conservaba, ó, mejor dicho, me hallaba aún bajo la impresión de la lectura de Los Bandidos, de Schiller.

## II

Yo había adquirido la costumbre de vagar todas las noches por nuestro jardín en persecución de los ciervos, porque sentía contra esas aves astutas, rapaces y perversas, un verdadeso odio.

El día de que estoy hablando, volviame al jardín como de ordinario, después de haber inspeccionado inútilmente todos los contornos (los ciervos me habían reconocido con seguridad y cruzaban á lo lejos) y me aproximé por casualidad á la empalizada inferior que separaba nuestro terreno del estrecho callejón que formaba el jardín del pabellón de la derecha. Iba yo con la cabeza baja. De repente oí una voz.

Miré por encima de la empalizada y quedéme como clavado en aquel sitio. Un espectáculo extraño se ofrecía á mis ojos.

A algunos pasos distante de mí, en medio de las flores, entre los frambuesos con frutos aún verdes, había una alta y esbelta joven, vestida con un traje con listas rosas, y con un lindo

fichú en la cabeza. Alrededor de ella cuatro jóvenes se apresuraban á girar, para que ella les azotase en la frente con unas flores grises cuyo nombre ignoro, pero que muy amenudo tienen los niños entre sus manos. Son unas florecillas con las cuales se forma una bolsita, que estalla con ruido cuando se las da un golpe sobre un cuerpo duro [\[1\]](#)

Los jóvenes se sometían de tan buen grado á aquella operación, y en los movimientos de ella (yo la veía de perfil) existía un no sé qué

tan gracioso, tan imperioso, acariciador, burlón y encantador, que estuve á punto de lanzar un grito de sorpresa y de placer, y hubiese dado un mundo entero por sentir también sobre mi frente el choque de sus lindos dedos.

Mi escopeta rodó sobre la hierba; lo olvidé todo; y seguí devorando con la mirada aquella silueta elegante, y el cuello alabastrino, y sus bonitas manos, y sus cabellos rubios que caían con algún desorden sobre el mariné, y aquellos ojos inteligentes medio cerrados, y sus pestañas y las delicadas mejillas que sombreaban.

— ¡Joven! ¡joven! — dijo de repente una voz cerca de mí, —no se debe mirar así á las muchachas desconocidas.

Me estremecí y quedé como petrificado...

Próximo al lugar donde yo estaba, al otro lado de la empalizada, un hombre de cabellos negros cortados á rape me dirigia una mirada irónica. En el mismo instante la joven se volvió hacia mí... y yo pude admirar sus ojos grises y grandes en su rostro movable y animado, y enseguida su rostro iluminóse completamente por la risa. Los blancos dientes lucieron, las pestañas se elevaron de un modo extraño.

Mis mejillas se arrebolaron; cogí con prontitud mi escopeta, y, perseguido por las risas alegres, pero sin maldad, escondime en mi cuarto, me eché sobre la cama, y oculté mi rostro entre las manos.

Mi corazón palpitaba con violencia.

Me sentía avergonzado y al mismo tiempo dichoso; una emoción desconocida que me agitaba.

Después de algún reposo, arregléme los cabellos, cepillé mi ropa y bajé á tomar el te. La imagen de la joven se alzaba de continuo delante de mi. Mi corazón no latía tan fuerte; yo lo sentía oprimido por una dulce presión.

— ¿Qué tienes? — me preguntó de repente mi padre. — ¿Has muerto un cuervo?

Iba á contárselo todo, pero me contuve y no sonreí más que para mi mismo.

Al acostarme por la noche, di aún, no comprendo por qué, tres vueltas alrededor de mi cuarto con un solo pie, llené de pomada mis cabellos y finalmente me metí en la cama, durmiendo durante toda la noche como un muerto. Al amanecer, me desperté un instante, levanté la cabeza, fijéme en lo que me rodeaba con un transporte y me volví á dormir.

---

[\[1\]](#) Las amapolas son en España las equivalentes de esas flores grises.

### III

«Cómo arreglármelas para entablar relaciones con ellos.» Tal fué mi primer pensamiento al despertar.

Antes del te, bajé al jardín, pero sin acercarme mucho á la verja, y no vi á nadie. Después del te, pasé repetidas veces por delante de la fachada de nuestros vecinos y de lejos eché furtivas miradas á las ventanas. Me pareció entrever su rostro detrás de la cortina, y temeroso me alejé apresuradamente.

«No obstante, yo necesito de todos modos, reconocerlos» — pensé yendo á campo traviesa por la llanura, que se prolongaba hasta el pie del muro del recinto.

«¿Pero, cómo? Esta era la cuestión.»

Recordé mentalmente hasta los menores detalles de nuestro encuentro de la víspera, y no sé por qué lo que más amenudo se me representaba era su risa en el momento en que se burlaba de mí... y mientras me agitaba y combinaba diferentes proyectos, la fortuna había venido ya en mi ayuda

Durante mi ausencia, mi madre había recibido de la nueva vecina una carta en papel gris cerrada con lacre obscuro, de esos lacres que solo emplean en las oficinas de correos ó para los tapones del vino barato. En aquella carta, escrita en incorrecto lenguaje y con letra descuidada, la primera le rogaba que le dispensase su protección, porque, según ella, mi madre se hallaba en buenas relaciones con los personajes importantes, en cuyas manos se

encontraban los destinos de la princesa y de sus hijos; y según parecía, existían pleitos que de aquellos señores dependía su resolución.

«Me dirijo á usted como de gran señora á gran señora... — decía. —Etc.

Terminaba la carta pidiendo permiso para presentarse.

Yo encontré á mi madre de mal humor y como mi padre no se hallaba en casa, no tenía á nadie á quién consultar. Dejar sin contestación la carta de una «dama noble» y más aún princesa, era imposible; pero tampoco sabía cómo contestarle. Escribirle en francés no le parecía bien, y en ruso, no se atrevía, porque tampoco dominaba muy bien las reglas ortográficas, y como se daba cuenta de ello, no quería aventurarse.

Al llegar yo se alegró vivamente, y enseguida ordenóme que fuera á visitar á la princesa para decirle que siempre se hallaba dispuesta á ser útil á Su Excelencia, y á rogarle en su nombre que fuese á verla á la una de la tarde.

El cumplimiento tan inesperado y tan rápido de mis más secretos deseos, me llenaron de alegría y temor á un mismo tiempo. Sin embargo, procuré ocultar mi turbación, y subí á mi cuarto para cambiar de americana y corbata, porque en casa aún usaba la chaqueta de colegial, que ya empezaba á molestarme.

## IV

En el vestíbulo estrecho y nada elegante del pabellón donde yo entré estremeciéndome involuntariamente, me recibió un criado viejo, de cabellos grises. Su rostro moreno tenía un color cobrizo; sus ojos hundidos eran pequeños como los de un mono, y sus sienes y su frente tenían la marca de arrugas tan profundas, como jamás he visto cosa semejante.

Llevaba en un plato la espina de un arenque, y con el pie cerró la puerta por donde acababa de pasar. Preguntóme con acento breve;

— ¿Qué desea usted?

— La princesa Zassequine está en casa? — dije yo.

— ¡Vonifati! —oi que llamaba una voz estridente de mujer á través de la puerta.

El criado me volvió la espalda, y entonces me fijé que la librea que llevaba estaba completamente estropeada, y que solo un botón quedaba en la parte inferior de los riñones; un botón con corona, pero completamente oxidado. Al en la habitación de donde había salido la voz, dejó el plato en el suelo.

— ¿Has ido á la ciudad? — oí que le preguntaban.

El criado contestó algo que no pude entender.

— Parece que ha venido alguien. ¿El hijo de los vecinos? Déjale pasar.

— Entre usted en el salón — me dijo el criado, que apareció de nuevo ante mi, recogiendo el plato.

Arregléme con rapidez la americana, y penetré en el «salón»: una pieza pequeña con un mobiliario muy modesto, y arreglado de cualquier manera. Junto á la ventana, en un sillón con un brazo roto, se hallaba sentada una señora como de unos cincuenta años, fea, vestida con un traje viejo de tela verde, y con una manteleta sobre las espaldas.

Sus ojillos negros, parecían sondearme.

Adelantéme y saludé.

— ¿Tengo el honor de hablar á la señora princesa de Zassequine?

— Si, yo soy, ¿y usted es el hijo de M. V...?

— Si, señora, y vengo aquí de parte de mi madre.

— Siéntese usted, hágame el obsequio. ¡Vonifati! ¿Dónde están mis llaves? ¿No las has visto?

Comuniqué á la princesa la contestación de mi madre; y mientras yo hablaba, entreteníase dando golpecitos con sus gruesos dedos en el cristal; cuando terminé, fijó de nuevo sus ojos en mi.

— Muy bien. Desde luego iré — contestóme al fin. — ¡Qué joven es usted! ¿Cuál es su edad? y perdóneme la pregunta.

— Dieciséis años—respondí yo después de dudar un momento.

La princesa sacó de su bolsillo unos papeles mugrientos, escritos en una letra muy pequeña y comenzó á examinarlos.

— Es una edad muy bonita — exclamó de repente agitándose en el sillón. — Yo le suplico á usted, que no haga cumplidos; en nuestra casa todo es sencillo.

Demasiado sencillo, — pensé yo echando, con un malestar involuntario, una mirada á la descuidada persona de la princesa.

En aquel momento, otra puerta del salón se abrió, y en el umbral apareció la joven que yo había visto en el jardín, que no sé qué

ademán hizo, pasando por sus labios una sonrisa.

— Aquí tiene usted á mi hija — dijo la princesa, señalándola con la mano. — Zinotchka, el hijo de nuestro vecino M. V... ¿Cuál es el nombre de usted?

—Wladimiro—contesté yo levantándome y con voz entrecortada por la emoción.

— ¿Y por su padre de usted?

— Petrovite [\[2\]](#)

— ¿De veras? Yo he conocido un alto funcionario de la policía que se llamaba de ese mismo modo. Vonifati, no busques más las llaves, que ahora me las encuentro en el bolsillo.

La joven continuaba mirándome con la misma sonrisa, con los ojos medio cerrados y la cabeza inclinada á un lado.

— Yo ya había visto al señor Wladimiro — dijo, y el sonido argentino de su voz me recorrió todo el cuerpo como una dulce frescura. ¿Usted me permite que le llame así?

— Desde luego —murmuré.

— ¿Dónde habias visto al señor? — preguntó la princesa.

La joven no contestó.

— ¿Tiene usted prisa en este momento? — preguntóme sin dejar de mirarme.

— Ninguna.

¿Quiere usted ayudarme á clasificar lana?

Venga usted conmigo á mi cuarto, — y con la cabeza me hizo un signo que equivalía á reiterarme la invitación. Yo la seguí.

En la habitación donde entramos, los muebles estaban dispuestos con más gusto que los del salón. Además, en aquel momento, yo no me hallaba en condiciones da examinar nada, me hallaba como en

un ensueño, rebosando de una felicidad que me colocaba á dos dedos de la estupidez.

La joven princesa se sentó; y tomando una madeja de lana roja, me designó una silla delante de ella, desató la madeja con cuidado, y me la puso entre las manos. Lo hizo todo esto silenciosamente, con una lentitud placentera, y con la misma sonrisa A la vez serena y maliciosa que vagaba en sus labios ligeramente entreabiertos.

Cuando sus ojos constantemente entornados, se abrían todo lo grandes que eran, aquel semblante variaba por completo, semejando que un rayo lo iluminase.

— ¿Qué pensó usted ayer de mi? — preguntóme después de un momento de silencio.— Probablemente me juzgaría usted mal...

- — Yo... Princesa... No pensé nada. ¿Qué razón podía haber? — respondí lleno de confusión.

— Oígame usted — continuó; — usted no me conoce aún. Yo soy muy rara. Me gusta que me digan siempre la verdad. Acabo de saber que tiene usted dieciséis años, yo tengo veintiuno; ya ve usted, que soy bastante mayor y por lo tanto debe usted decirme la verdad. Míreme usted. ¿Por qué no me mira usted?

Mi turbación aumentaba, pero á pesar de todo alcé mis ojos hacia ella, y noté en los suyos, no ya la sonrisa de siempre, sino otra de satisfacción.

— Míreme usted —prosiguió con una voz dulce y enternecida — que eso no me disgusta. La cara de usted me es agradable; y tengo el presentimiento que seremos buenos amigos. ¿Y yo le gusto á usted? — anadió maliciosamente.

— Princesa...

— Empiece usted por no llamarme princesa; llámeme usted Zinaida Alexandrovna; después, como hacen los niños, los jóvenes, quiero decir, no me oculte usted sus impresiones; deje usted eso para la gente madura. ¿Le gusto á usted no es verdad?

Aunque era muy agradable para mi que ella me hablase con tanta franqueza, no obstante me molestaba algo; y tenía grandes deseos de probarle que no estaba tratando con un chiquillo, por lo que tomando una actitud tan seria y aplomada como pude, le dije:

— Ciertamente, usted me gusta mucho y no lo oculto, Zinaida Alexandrovna.

Con un movimiento lento bajó la cabeza de un modo que revelaba cierta ironía.

— ¿Usted tiene un preceptor, verdad? —me preguntó de repente.

— No, ya hace mucho tiempo que no tengo preceptor — contesté yo, mintiendo, porque aún no hacia cuatro semanas que me había separado de mi francés.

— ¡Oh! Pero usted ya es mayorcito — dijo tocándome la punta de los dedos.—Tenga usted bien las manos— añadió reanudando con ardor su tarea.

Como la princesita continuaba con la cabeza baja, aproveché aquella oportunidad para examinarla, al principio furtivamente y después con más atrevimiento. Su rostro me pareció aún más encantador que la víspera, y en ella todo lo encontré delicado, inteligente y sugestivo.

Se hallaba sentada de espaldas á la ventana, que cubría un fino transparente.

El rayo de sol que penetraba á través de la tela, bañaba con una luz suave sus cabellos de un rubio dorado, su cuello virginal, sus espaldas, y su busto lleno de gracia.

La miraba, y cada vez era para mi más íntima y más querida. Llegué á figurarme que nuestra amistad databa de largo tiempo, y que antes que á ella, yo no había conocido nada, ni vivido siquiera....

Su traje era de una tela oscura y no muy nueva. ¡Con qué gusto hubiese yo besado todos los pliegues de aquel vestido!

La punta de sus zapatos asomaba por debajo de las faldas, y yo sentí deseos de inclinarme con adoración delante de aquellos zapatitos ...

¡Y héme sentado frente á ella! — pensaba yo — y su amigo ya. ¡Qué felicidad, Dios mío!

Y tal fué la sensación que me produjo este pensamiento, que estuve á punto de saltar sobre mi silla, pero afortunadamente pude reprimirme, y sólo exterioricé lo que en mi interior pasaba por una agitación de piernas, semejante á la de los niños cuando se hallan en posesión de algo que colma sus deseos. Mi dicha solo era comparable á la del pez en el agua, y en un siglo no hubiera abandonado aquel sitio, ni habría salido de la habitación.

Sus párpados se elevaron dulcemente, y de nuevo brillaron ante mi sus limpidos ojos, y de nuevo me hallé con su sonrisa.

— ¡Cómo me mira usted! —dijome con lentitud, amenazándome con la mano.

Me sonrojé completamente.

«Todo lo comprende, todo lo ve» —me dije yo — y ¿cómo no había de comprenderlo y cómo no había de verlo?

De repente se oyó un rumor en la habitación próxima, y un ruido de sable resonó.

— Zina — dijo desde el salón la princesa — Belovzorov te trae un gatito.

— ¡Un gatito! — exclamó Zinaida — y levantándose rápidamente de su silla echóme el ovillo sobre las rodillas y se fué.

Levantéme también y depositando madeja y ovillo en el zócalo de la ventana, dirigíme al salón, quedando estupefacto tan pronto como entré.

En medio de la habitación estaba extendido y con las patas alargadas un patito de piel rayada suavemente; un poco más distante, cerca de la princesa, y cubriendo casi toda la pared que

habla entre las dos ventanas, se hallaba un mocetón rubio y rizado, un húsar con la cara roja y los ojos saltones.

— ¡Qué raro es!—repetía Zinaida.— Mira qué ojos, no son grises, son verdes; y qué orejas tan grandes. Gracias, Victor Egorigtch, es usted muy amable.

El húsar, en el cual reconocí á uno de los jóvenes que yo había visto el día anterior, sonrió é inclinóse, haciendo resonar sus espuelas y los anillos de su sable.

—Como usted dijo ayer que deseaba un gato rayado y de grandes orejas... yo me lo he procurado. Las palabras de usted son leyes... y de nuevo se inclinó el húsar.

El gatito comenzó á maullar y arañar débilmente el piso.

— Tiene hambre — exclamó Zinaida. — Vonifati, Sonic, traedle leche.

La camarera trajo un platito lleno de leche y lo puso delante del animalito que se estremeció de placer y empezó á lamerla.

— ¡Qué lengua tan roja! — dijo Zinaida inclinando la cabeza hasta el suelo y mirando al gato fijamente.

Cuando el pobre animalito estuvo saciado

empezó nuevamente á maullar y arañar; y Zinaida entonces, con la mayor indiferencia, ordenó á la camarera:

— ¡Llévatelo!

— Deme usted la mano por haberle traído el gatito — dijo el húsar enseñando todos sus dientes al sonreír.

— Las dos — contestó Zinaida, entregándoselas, y mientras él las besaba, noté que por encima del hombro me miraba ella.

Yo permanecí inmóvil en mi sitio, sin saber si debía reír, decir algo, ó callarme.

De pronto, por la puerta entreabierta del vestíbulo advertí la silueta de nuestro lacayo Fedor, que me hacía señas y

maquinalmente me acerqué á él.

— ¿Qué quieres? — le pregunté.

— Su señora madre me ha enviado á buscar á usted — me dijo en voz baja.—La señora está disgustada porque no ha ido usted aún á llevarle la contestación.

— ¿Tanto tiempo hace que estoy aquí?

— Más de una hora.

— ¡Más de una hora! — y volviendo al salón, empecé á despedirme.

— ¿Dónde va usted? — me preguntó Zinaida mirándome por encima del húsar.

— Me veo obligado á retirarme... Diré, pues — proseguí dirigiéndome á la princesa madre— que usted irá á vernos á la una de la tarde.

— Perfectamente— contestóme abriendo su tabaquera y tomando un polvo.— Eso es — afirmó guiñando sus ojos lagrimosos y tosiendo de un modo particular.

Saludé de nuevo y salí de la habitación con ese sentimiento de malestar que se experimenta cuando se sabe que detrás de uno le siguen las miradas.

— Quedamos convenidos, M. Valdemar, en que no olvidará usted venir á vernos—exclamó Zinaida sin dejar de reir.

«¿Por qué se rie siempre?» —pensaba yo dirigiéndome hacia mi casa en compañía de Fedor, que permanecía callado, pero que me miraba con un aire de desaprobación.

Mi madre me riñó, sorprendiéndola el que yo hubiese permanecido tan largo rato en casa de la princesa. No le contesté nada y me retiré á mi cuarto.

De repente me invadió una gran tristeza... una tristeza tan grande, que hube de contener las lágrimas que querían brotar de mis ojos ...

No me cupo duda, yo estaba celoso del húsar.

---

[\[2\]](#) En Rusia se substituye el apellido por el nombre de padre añadiéndole la palabra «hijo de».

## V

Cumpliendo lo prometido, la princesa vino á visitarnos y no fué simpática á mi madre.

Yo no presencié su entrevista, pero en la mesa mi madre dijo á mi padre que la princesa Zassequine le parecía una mujer muy vulgar; que la había aburrido con sus súplicas para que intercediera en su favor con el principe de Serguey, porque según parecía, se hallaba continuamente en pleito, viles negocios de dinero, antojándosele que la tal princesa debía ser una gran intrigante.

— De todos modos — añadió mi madre —la he invitado á comer para pasado mañana, y vendrá con su hija, porque, después de todo, es nuestra vecina y tiene un título.

Cuando oí la palabra su hija procuré ocultar mi rostro y lo hubiese metido en el plato.

Mi padre dijo que ya recordaba quién era aquella señora. En su juventud había conocido al difunto principe de Zassequine, un hombre de excelente educación, pero de escasa inteligencia y muy ligero, á quien se conocía en sociedad por el Parisián, porque durante mucho tiempo había vivido en París. Fué muy rico, pero toda su fortuna la consumió en el juego.

Después, sin que se sepa por qué, (quizás el dinero le tentase, aunque hubiese podido hacer mejor elección)—añadió mi padre sonriendo con frialdad — se casó con la hija de un modesto

funcionario, y después del matrimonio empezó á negociar, lo cual le condujo á su completa ruina.

— Con tal que la princesa no trate de pedirnos dinero prestado — dijo mi madre.

— Lo probable es que trate eso — contestó tranquilamente mi padre. — ¿Habla francés?

— Muy mal.

— Eso no importa. Me has dicho, según creo, que también has invitado á su hija. Me han asegurado que es una joven encantadora y muy instruida.

— Pues en ese caso no se parece á su madre.

— Ni á su padre tampoco — añadió mi padre. — Pues aunque tenía bastante ilustración, era un imbécil.

Mi madre suspiró y se quedó pensativa. Mi padre se calló, y yo por mi parte me sentí molesto durante esta conversación.

Después de comer fui al jardín, pero no llevé el fusil, prometiéndome al principio no acercarme al jardín de las Zassequine, pero una fuerza

irresistible me condujo hacia aquel lado y no fué en vano. Apenas me hube acercado á la empalizada, cuando advertí la presencia de Zinaida, completamente sola, con un libro en la mano y andando muy despacio por un caminito. No me vió.

La dejé pasar con el propósito de no llamarle la atención, pero no me pude contener, y casi involuntariamente tosí.

Volvióse entonces la joven, y sin detenerse, apartó con su mano el ancho lazo azul de su sombrero de paja; me miró, sonrió dulcemente y de nuevo fijó sus ojos en el libro.

Saludéla yo con el sombrero, y después de algunos momentos de perplejidad, alejéme con el corazón oprimido.

«¿Que suis-je pour elle [\[3\]](#)?» —pensé yo, Dios sabe por qué, en francés.

Detrás de mi sonaron unos pasos que me eran conocidos. Volvime. Mi padre se aproximaba con su habitual marcha ligera.

— ¿Es esa la princesa joven? — me preguntó, — Si, papá.

— ¿La conoces, pues?

— La he visto esta mañana en casa de su madre.

Mi padre se detuvo, y al cabo de un instante retrocedió y fuese por donde habla venido.

Cuando estuvo en el punto por donde Zinaida pasaba, la saludó con mucha finura y ella contestóle del mismo modo, aunque me pareció notar no sé qué sorpresa en su rostro. Dejó de leer y siguió á mi padre con la mirada.

Siempre muy atildado, aunque muy sencillo en el vestir, mi padre tenia unas maneras propias llenas de elegancia, pero nunca como en aquel momento, su silueta se me había parecido tan decidida, ni sombrero gris puesto de un modo más gracioso sobre sus cabellos rizados en bucles y apenas un poco más claros que antes.

Yo iba á dirigirme hacia donde estaba Zinaida, pero no pareció verme, y alzando de nuevo el libro, se alejó.

---

[\[3\]](#) ¿Qué soy yo para ella?

## VI

Toda aquella noche y la mañana del siguiente día permanecí en una especie de torpeza lánguida.

Recuerdo que intenté estudiar y que cogí un Kaïdanor, pero en vano pasaban por delante de mis ojos las anchas líneas y las grandes páginas del célebre tratado. Diez veces seguidas leí estas palabras: «Julio César se distinguía por su valentía guerrera», y como nada comprendía, arrojé el libro.

Antes de comer me perfumé de nuevo y de nuevo me puse mi americana y mi corbata.

— ¿Por qué te pones ese traje? — me preguntó mi madre— aún no eres estudiante y ni siquiera sabes si te aprobarán en los exámenes. Después, no hace tanto tiempo que te han hecho el otro y es necesario que lo lleves.

— Habrá invitados — murmuré yo casi en la desesperación.

— ¡Qué tontería! Eso no es tener invitados.

Era necesario someterse. Quitéme la americana, pero conservé la corbata.

La princesa y su hija llegaron una media hora antes de comer. La madre se había echado, por encima del cuerpo verde que yo ya conocía, un chal amarillo y adornado la cabeza un gorro á la moda antigua, con lazos color de fuego.

Comenzó, tan pronto como nos hubo saludado, á hablar de los pagarés que había firmado, y empezó á lamentarse de su pobreza, lloriqueando y revelándose sin modales: tomaba el rapé, y se agitaba en su silla con la misma libertad que lo hacía en su casa; y lo más chocante de todo es que jamás olvidaba que era una princesa y por tal se tenia.

Zinaida, por el contrario, adoptó un continente grave, casi altanero, como una verdadera princesa. En su rostro apareció una frialdad y una inmovilidad absoluta, hasta el punto de que yo no la reconocía.

No pude encontrar ni sus miradas, ni sus sonrisas, aunque no por eso, en su nuevo aspecto, dejara de parecerme bellísima. Su traje era de una tela ligera con rayas de un azul celeste. Sus cabellos caían en largos bucles por ambos lados de la cara, á la moda inglesa. Aquel peinado sentaba maravillosamente á la frialdad de su rostro.

Mi padre se sentó á su lado durante la comida y con la delicadeza tranquila y graciosa que le era peculiar, atendía á su vecina. Alguna vez la miraba. Por su parte la joven también de vez en cuando lo miraba, pero de un modo tan extraño, que se habría dicho que le odiaba.

Se hablaba en francés; y me acuerdo que me asombró la pureza de la pronunciación de Zinaida.

La princesa no se preocupó más en la comida que lo había hecho antes, comía mucho y elogiaba los platos. Su presencia molestaba indudablemente á mi madre, que le contestaba con una especie de desdén triste. Mi padre alguna vez arrugaba el entrecejo.

Por su parte Zinaida no logró tampoco las simpatías de mi madre.

— Qué orgullosa es—dijo al otro dia al hablar de ella;—y yo me pregunto á santo de qué, con su aspecto de griseta.

— Tú, probablemente, no has visto nunca grisetas — observó mi padre.

— A Dios gracias, no.

— A Dios gracias, ciertamente. ¿Entonces cómo hablas de ellas?

La joven durante el tiempo que estuvo en nuestra casa no se fijó en mí.

Un poco después de terminada la comida, la princesa se despidió de nosotros.

— Cuento, pues, con la protección de ustedes, María Nicolaevna y Petr. Vassilevitch — dijo con acento de certeza á mis padres.— ¡Qué hacer! Mi tiempo ha pasado. Y héme á mi con una Excelencia — añadió sonriendo con violencia — que para nada me sirve. ¡Cuando no se tiene para comer!...

Mi padre la saludó respetuosamente y la acompañó hasta la puerta del vestibulo. Allí me encontraba yo también con mi americana corta y fijos los ojos en el suelo, como un condenado á muerte. El modo de comportarse de Zinaida conmigo, me había matado: pero cuál no sería mi sorpresa cuando al pasar cerca de mí, me dijo rápidamente y en voz baja y con la misma expresión de ternura que yo le conocía ya:

— Venga usted esta noche á mi casa, á las ocho: ¿entiende usted? Le espero sin falta.

Dejé caer los brazos, hasta tal punto la sorpresa me había desfallecido; y cuando quise de nuevo contemplarla, ya se hallaba fuera, cubriéndose la cabeza con una manteleta blanca.

## VII

A las ocho en punto de la noche, con mi americana larga y los cabellos peinados en bucles sobre la frente, penetraba yo en el vestíbulo del pabellón habitado por la princesa. El viejo servidor miróme con cierto aire de disgusto y no se apresuró á levantarse de su banco.

En el salón se oían voces alegres.

Abrí la puerta y retrocedí estupefacto.

En medio de la habitación, sobre una silla, de pie, se hallaba Zinaida, con un sombrero de hombre en la mano. Rodeando la silla, cinco jóvenes con el mayor entusiasmo procuraban meter la mano en el sombrero que la princesita levantaba y agitaba rápidamente.

Al distinguirme, exclamó:

— Esperad, esperad, otro nuevo. Es necesario darle un billete — y saltando con presteza de la silla, me cogió por la manga de la americana.

— Venga usted — prosiguió. — ¿Por qué se queda ahí? Señores, permítanme ustedes presentarles al señor Valdemar, el hijo de nuestro vecino—y fue designándome á todos los presentes.

— El conde Malevsky, el doctor Luchine, el poeta Maidanov, y Belovsorov, el húsar que usted ha visto ya. Yo ruego á ustedes que simpaticen y se entiendan pronto.

Mi timidez era tan grande en aquel momento que no saludé á nadie. En el doctor Luchine, reconocí al que me hizo avergonzar tan despiadadamente en el jardín. Los otros me eran desconocidos.

— Conde — añadió Zinaida — escriba usted, pues, el nombre del señor Valdemar en un papelito.

— Eso no es justo — contestó con un ligero acento polaco el conde Malevsky, un hombre moreno muy guapo y muy elegantemente vestido, con negros ojos expresivos, nariz afilada y bigotes delicados sobre una boca pequeña. — El señor no ha jugado con nosotros á los fants [\[4\]](#)

— No es justo — repitieron Belovsorov y el caballero que me habían presentado como capitán retirado, el señor Niermatsky, un hombre como de unos cuarenta años, señalado hasta la fealdad por la viruela, rizado como un árabe, un poco panzudo, con dos piernas que parecían dos cañas, y vestido con un uniforme militar, pero sin charreteras.

— Haced el billete, se os dice — repitió la joven. — ¿Qué significa esta desobediencia? El señor Valdemar se encuentra entre nosotros por primera vez y no existen leyes hoy para él. Y nada de refunfuñar; escriba usted, se lo suplico.

El conde alzó los hombros, pero bajó la cabeza con aspecto de sumisión, y tomando la pluma en su mano blanca adornada con sortijas, arrancó un pedazo de papel y se puso á escribir.

— Permítame usted al menos que explique al señor Valdemar de lo que se trata — dijo Enchine con acento de burla—porque me parece completamente desorientado. Ya ve usted, joven, jugamos á los fants. La princesa debe pagar una prenda, y el que tenga la suerte de sacar el billete afortunado, adquiere el derecho de darle un beso en la mano. ¿Comprende usted lo que digo?

No hice más que mirarle y continué en mi estado de estupefacción, mientras que Zinaida subía de nuevo á la silla y de nuevo todos la rodeaban, formando yo esta vez parte de ellos.

— Maidanov — dijo la princesita á un joven alto, con cara enjuta, con ojos pequeños de enfermo y con cabellos negros muy largos — era el poeta. — Usted como poeta debe ser generoso: ceda usted su billete al señor Valdemar para que tenga dos probabilidades en vez de una.

Pero Mainadov meneó la cabeza en señal de negativa, y con un segundo y rápido movimiento echó hacia atrás sus melenas.

Después de los otros, metí la mano en el sombrero, tomé un billete y lo desenvolví... ¡Qué me pasó cuando vi escrito en él esta palabra! «El beso».

— ¡El beso! —exclamé sin querer.

— ¡Bravo! Ha ganado Valdemar — exclamó la princesita—Estoy muy contenta. — Y bajó de la silla, y me miró con ojos tan dulces y serenos, que mi corazón desfalleció de gozo.— ¿Está usted contento también? — me preguntó.

— ¿Yo?... Ya lo creo — murmuré.

— Véndame usted su billete — me dijo de repente. Belovsorov al oído. — Le doy por él cien rublos.

Le contesté con una mirada de tal indignación, que Zinaida que la advirtió, comenzó á palmotear, mientras Luchine exclamaba:

— ¡Bravo! Pero como maestro de ceremonias estoy obligado á vigilar la ejecución de todas las reglas. Señor Valdemar, ponga usted una rodilla en tierra, es lo reglamentario entre nosotros.

Zinaida se colocó delante de mi, inclinando ligeramente la cabeza á un lado, como si quisiera examinarme mejor, y me tendió la mano

gravemente. Mis ojos se turbaron, quise arrodillarme sobre una rodilla, pero hiqué las dos, y cogí tan torpemente la punta de los dedos de la joven, que con una de sus uñas me arañé la nariz.

— Está muy bien — dijo Luchine ayudándome á levantar.

El juego de los fants continuó, y Zinaida me hizo sentar á su lado. ¡Qué prendas tan raras inventaba! Entre otras se le ocurrió

representar una estatua, y escogió como pedestal al repulsivo Niermatsky, ordenándole que se pusiera en cuatro pies y ocultase el rostro bajo su pecho.

Las risas no cesaban un instante. Para mi, un muchacho educado en la soledad y en la gravedad, y que había crecido en la casa ordenada de una familia noble, todo aquel ruido, aquel barullo, aquella alegría sin represión, de estudiantes, aquella intimidad insólita entre jóvenes desconocidos, me trastornaban el cerebro y me, sentía completamente embriagado como por los vapores del vino.

Y me puse á reir y á charlar en voz más alta que los demás, y con tanta furia, que hasta la misma princesa madre, que se hallaba en la habitación próxima celebrando una consulta con un joven, pasante de abogado, entró un momento para contemplarme; pero yo me sentía hasta tal punto feliz, que empleando un adagio vulgar de nuestra tierra «no soplaba en mis bigotes», ni me fijaba en las burlas ni en las miradas de nadie.

Zinaida continuó manifestándome su preferencia, y no me permitió separarme de ella.

En una prenda, tuve la suerte de estar sentado junto á ella, cubriéndonos á ambos un pedazo de fulard de seda.

Debí decirle mi secreto. Me acuerdo que nuestras cabezas se encontraron de repente en una semiobscuridad, perfumada y asfixiante, y que en aquella obscuridad sus ojos brillaban dulcemente muy cerca de mí, y que por sus labios entreabiertos salía una respiración cálida; veía sus dientes, y el extremo de sus cabellos me abrasaba y me cosquilleaba. Yo no decía nada. Ella sonreía maliciosa y misteriosamente, y por último murmuró:

— «¿Y bien, qué?»

No hice más que enrojecer, sonreír, y no atreviéndome apenas á respirar, volví la cabeza.

Los fants acabaron por aburrir y nos pusimos á jugar al ratón y el gato. ¡Dios mío! ¡Qué transporte de alegría fué para mí recibir de sus manos, cuando más distraído me hallaba, un fuerte disciplinazo! Después, cuando yo fingí nuevas distracciones, ella que lo comprendió, no volvió á darme en las manos, aunque yo las adelantase como ofreciéndoselas.

Y no se limitaron á éstas, las diversiones de aquella velada. Se hizo música y cantamos y bailamos, representándose además una escena de Triganes. Disfrizamos á Niermatsky de oso, obligándole á beber agua salada. El conde Molevsky, nos dió una sesión de juegos de manos y de cartas, acabando por proponer un whist en el que todas las veces ganaba, por lo cual Luchine «tuvo el honor» de felicitarle.

Maidanov nos recitó algunos fragmentos de su poema El asesino (la escena ocurría en los tiempos de mayor fiebre romántica), poema que pensaba publicar, con cubierta negra y el título en color rojo sangre.

El pasante de abogado vió desaparecer su sombrero de encima de sus rodillas y para recuperarlo fué necesario que bailase el Kasatchotk. <sup>[5]</sup> Vonifati, vió adornada su cabeza con un sombrero de mujer y la princesita se puso uno de hombre...

En una palabra, otras mil locuras se hicieron que no acabaría de contar. Unicamente Belovsorov permanecía la mayor parte del tiempo en un rincón, con aspecto serio y enfadado... A veces sus ojos se inyectaban de sangre, su semblante se coloreaba de un color purpúreo, y parecía dispuesto á lanzarse sobre nosotros dispersándonos á derecha é izquierda con el estallido de su cólera. Pero Zinaida no necesitaba más que dirigirle una mirada, amenazarle con un ademán, para que el húsar se acurrucase en su rincón.

Al fin nuestras fuerzas se agotaron. La misma princesa madre, aun siendo tan tolerante, (según su expresión) comenzaba á sentirse molesta y hablaba de descansar.

A media noche, se sirvió una cena compuesta de un pedazo de queso seco y de algunos pasteles fríos de jamón, lo cual me supo más deliciosamente que los más escogidos fiambres de la mejor pastelería. No había más que una botella, y el vino que contenía, de un color obscuro, extraño, conservaba el olor de la droga que había servido para fabricarlo. Nadie se atrevió á probarlo.

Fatigado y feliz hasta el agotamiento, salí del pabellón. Al separarnos, Zinaida me apretó con fuerza la mano y volvió á sonreirme de un modo muy enigmático.

El aire de la noche vino á refrescar mi rostro que ardía. Parecía que una tormenta se avecinaba. Las nubes negras se amontonaban y corrían por el cielo, con cambios incesantes en sus vaporosos contornos. Un vientecillo frío, hacia estremecer en la sombra el follaje de la arboleda y de alguna parte, á lo lejos, más allá del horizonte, retumbaba como en sí mismo, un trueno amenazador y sordo.

Yo entraba en mi casa por la escalerilla de

servicio. Mi diadka [\[6\]](#) dormía echado en el suelo y yo tenía que pasar por encima de él. Pero al sentirme se despertó, diciéndome que mi madre se había enfadado conmigo y que quería haberme enviado á buscar: mi padre se lo impidió.

Yo tenía la costumbre de dar á mi madre las «buenas noches» antes de acostarme; pero aquello no me fué posible.

Dije á mi criado que me desnudaría y me acostaría solo y apagué la bujía; pero no me quité la ropa ni me acosté.

Sentéme en una silla y por espacio de mucho tiempo permanecí como en un encantamiento. ¡Lo que yo experimentaba, era para mí tan nuevo y tan dulce!

Quedéme sin movimiento, y sin mirar á mi alrededor; respiraba lentamente y de tarde en tarde; tan pronto un recuerdo me hacia sonreír, como experimentaba un frío interior, á la sola idea de que estaba enamorado, y que aquel amor que esperé tanto era aquello...

El rostro de Zinaida flotaba dulcemente delante de mi en la obscuridad. Flotaba y no desaparecía. En sus labios vagaba constantemente la sonrisa enigmática; sus ojos me miraban de un modo á la vez interrogativo, soñador y tierno... como en el instante en que me separé de ella.

Levantéme por último, me aproximé á mi cama de puntillas y suavemente, sin desnudarme, dejé caer mi cabeza sobre la almohada, como si temiese desvanecer con un movimiento todo aquello de que estaba llena mi alma...

Me acosté, pero no pude cerrar los ojos. Pronto advertí que en mi habitación una luz proyectaba sus rayos. Incorporéme y miré la ventana. Su marco sobresalía sobre los reflejos vagamente blanquecinos y misteriosos del cristal.

«Es la tempestad» — pensé — Y en efecto, era la tempestad, pero muy lejana, tanto, que apenas si llegaba á oirse el resonar del trueno. Unicamente los relámpagos iluminaban el cielo durante un momento, con una luz ténue que no llegaba á estallar, y que rápidamente se quebraba y estremecía como el ala de un pájaro moribundo.

Me levanté; aproximéme á la ventana, y allí permanecí hasta la mañana. Los relámpagos no cesaron un instante. Fué una de aquellas noches que el pueblo ruso llama: «La noche de los murciélagos».

Fijéme en la llanura terrosa y muda, en la obscura masa del jardín Neskoutchny, en las fachadas amarillentas de los edificios lejanos que parecían también estremecerse al brillar de cada débil relámpago... Miraba y no podía substraerme á aquel espectáculo; los relámpagos mudos, los reflejos débiles, semejabán corresponder á los impulsos silenciosos y secretos que agitaban igualmente mi alma.

El día comenzaba á despuntar; el alba aparecía con manchas rojas; á la aproximación del sol, los relámpagos palidecían é iban disminuyendo cada vez más; se estremecían más raramente, y se

desvanecieron por último inundados en la luz sana y limpia del día naciente.

En mi, también, los relámpagos desaparecieron. Me sentí con gran fatiga y una tranquilidad... Pero la imagen de Zinaida continuaba agitándose triunfando en mi alma; sólo que aquella imagen me parecía igualmente calmada, como un cisne que vuela saliendo de las hierbas pantanosas, la princesita se destacaba de las otras siluetas sin belleza que la rodeaban; y yo, durmiéndome, me incliné hacia ella por última vez en una adoración confiada de adiós...

¡Oh hermoso sentimiento! ¡Tierno sonido!

¡La bondad y la paz de mi alma herida, la alegría profunda de los primeros enternecimientos del amor!...

¿Dónde estáis? ¿dónde estáis?

---

[\[4\]](#) Una especie de juego de prendas.

[\[5\]](#) Baile popular ruso.

[\[6\]](#) Especie de ayo encargado del cuidado de los niños en las antiguas casas señoriales.

## VIII

A la mañana siguiente cuando bajé á tomar el te, mi madre me riñó, pero no tanto como yo esperaba; y me obligó á contarle de qué manera había pasado la velada de la víspera. Le hice un relato brevísimo, omitiendo gran número de pormenores y procurando dar á mi relación la menor importancia posible.

— No importa. No son esas personas distinguidas— me observó mi madre —y no debes tomar la costumbre de ir á su casa. Mucho más has de ganar preparándote para los exámenes.

Como yo sabia que los cuidados de mi madre con respecto á mi, hablan de limitarse á aquellas palabras, creí que no era necesario contradecirla. Pero después del te, mi padre se cogió de mi brazo y saliendo conmigo al jardín, hizo que yo le contase cuanto había ocurrido en casa de las Zassequine.

Mi padre ejercía sobre mí una extraña influencia y extrañas también eran nuestras relaciones. Casi no se ocupaba de mi educación, nunca trató de mortificarme en mi amor propio. Respetaba mi libertad, y si así se puede expresar, su conducta con respecto á mi fué siempre de una gran delicadeza... pero jamás le vi dispuesto á conquistar mi afecto... Y no obstante yo le amaba y le admiraba, considerándole como un modelo de perfección y ¡Dios mío! con qué ardor me hubiese yo adherido á su alma, si no hubiera sentido que su mano me apartaba! Pero cuando él quería, podía casi instantáneamente con una palabra, con un movimiento, hacer nacer en mi una confianza sin límites.

Mi alma se abría, y para mi era, cuando hablábamos, un amigo razonable, un guía condescendiente... Después casi enseguida, con la misma rapidez, me abandonaba, y de nuevo su mano me apartaba dulcemente, con ternura, pero me apartaba.

A veces la alegría le dominaba, y entonces, se hallaba dispuesto á correr y saltar conmigo, como un colegial. (Todos los ejercicios corporales le gustaban mucho). Una vez, una vez tan solo, me acarició con tal ternura que estuve á punto de llorar... Pero la alegría y el enternecimiento desaparecieron sin dejar huellas, y lo que entre nosotros pasó no debía dejarme ninguna esperanza para lo porvenir; podría decirse que yo lo había visto en un sueño. Se me ocurría en ocasiones examinar su rostro inteligente y bello... Mi corazón palpitaba y todo mi ser se inclinaba hacia él, que pareciendo adivinar lo que en mi pasaba, me acariciaba las mejillas al pasar, sin detenerse, distraídamente, y yo sentía que el frío helado de su indiferencia penetraba en mi alma.

No obedecían aquellos raros accesos de afecto á mis súplicas silenciosas, que se producían en los momentos menos esperados.

Más tarde reflexionando sobre el carácter de mi padre, he llegado á la conclusión de que la vida de familia no lograba interesarle. Prefería otra cosa y tomó de aquella cosa, todos los placeres que podía darle.

—Apodérate de lo que puedas, pero no permitas que se apoderen de ti. Pertenecerse es todo el secreto de la vida — me dijo un día.

Otra vez en mi calidad de demócrata, en su presencia hice un discurso sobre la libertad.

(Aquel día estaba bueno, como yo decía, y entonces todo se podía decir delante de él).

— ¡La libertad!—me dijo—¿Tú sabes lo que puede dar al hombre la libertad?

-¿Qué?

— Su voluntad, su propia voluntad, porque le da el poder que vale más que la libertad. Sabe querer y serás libre y mandarás.

Antes que todo y sobre todo, mi padre quería vivir y vivía... Quién sabe si presentía que no le quedaba mucho tiempo para aprovecharse del «secreto de la vida», puesto que murió á los cuarenta y dos años.

Contéle detalladamente mi visita á las Zassequine, y medio atento, medio distraído, me escuchó sentado sobre el banco, trazando sobre la tierra dibujos con el extremo de su látigo. De vez en cuando sonreía alegremente, me miraba de un modo extraño y me excitaba con ligeras preguntas á continuar mi relación. Al principio me abstuve de pronunciar el nombre de Zinaida, pero no pude, contenerme luego, y empecé á hacer su elogio. Mi padre continuó sonriendo, y después quedóse pensativo, hasta que se levantó.

Me acordé que al salir de la casa había ordenado que le ensillaran un caballo.

— ¿Iré contigo papá? — le pregunté.

— No — contestóme. Y su semblante tomó la expresión ordinaria de afabilidad indiferente. —Ve solo si quieres y dile al cochero que hoy no saldré á caballo — y volviéndome la espalda se alejó rápidamente. Le seguí con la vista, hasta que desapareció por la puerta cochera; después volví á verle reaparecer siguiendo la empalizada y penetrar en casa de la princesa Zassequine.

Una hora apenas permaneció allí, y tan pronto como salió, fuese á la ciudad, de donde no vino hasta la noche.

Después de comer, yo me dirigí á casa de Zinaida, pero solo encontré á la princesa vieja, que al notar mi presencia lo primero que hizo

fué preguntarme si yo queria copiarle una solicitud.

— Con mucho gusto — contesté sentándome en el borde de una silla.

— Pero cuide usted de hacer las letras muy grandes — me dijo la princesa entregándome un papel sucio de tinta. — ¿No le sería á usted posible hacerlo hoy, padrecito [\[7\]](#) ?

— Hoy mismo lo tendrá usted.

La puerta de la habitación contigua se entreabrió apenas y el rostro de Zinaida, pálido y ojeroso, con los cabellos descuidadamente echados hacia atrás, apareció. Miróme con los ojos desmesuradamente abiertos y fríos, y enseguida volvió á desaparecer.

— ¡Zina, Zina! — llamó su madre, pero no obtuvo contestación. Yo me llevé la solicitud y me pasé la noche copiándola.

---

[\[7\]](#) Palabra familiar y de cariño.

## IX

Aquel día comenzó «mi pasión».

Me acuerdo que experimenté entonces algo parecido á lo que debe experimentar un hombre que por primera vez entra en posesión de un empleo. Dejaba de ser un simple muchacho para ascender á la categoría de enamorado.

He dicho que de aquel día data mi pasión, y hubiera debido añadir que mis sufrimientos también comenzaron con la misma fecha. Me sentía languidecer cuando no veía á Zinaida, y nada más que ella ocupaba mi pensamiento.

Yo languidecía... pero en su presencia me parecía que respiraba con más plenitud de vida. Después me entraron los celos, porque me di cuenta de mi poca importancia. Estúpidamente charlaba, estúpidamente hacia cosas serviles, y cuando no otra cosa, una fuerza irresistible me conducía á ella. Cada vez que franqueaba la puerta de la habitación, lo hacia con un estremecimiento involuntario de dicha.

No tardó Zinaida en adivinar que yo estaba

enamorado de ella, y por lo demás tampoco traté de disimularlo. Parecía tomar como una diversión mi amor, y me hería y me torturaba. Es muy dulce ser la fuente única, la causa todo poderosa é irresponsable de las más grandes alegrías y de los más profundos pesares de otro; y yo entre las manos de Zinaida me convertía en blanda cera.

Por lo demás, no era yo el único enamorado de la princesita. Todos los que se reunían en casa de los Zassequine estaban locos por ella, y á todos los tenía ella sumisos á sus plantas. Para la joven se convirtió en un juego hacer que en sus corazones se alternasen la esperanza y la desesperación, convirtiéndoles en verdaderos juguetes que manejaba á su antojo, sin que á ninguno se le ocurriese protestar de su poco airoso papel.

Su ser ligero y bello era un compuesto sugestivo de engaño y descuido, de artificio y naturalidad, de sencillez y de complejidad. Todo lo que hacia y decía, todos sus movimientos estaban impregnados de un encanto suave y ligero; en todos se revelaba una fuerza personal exuberante. Su rostro se movía y cambiaba á cada instante también, expresando á la vez la burla, la languidez y la pasión. Sentimientos diversos, ligeros, rápidos, como las sombras de las nubes en un día de sol y de viento, pasaban sin corar por sus ojos y sus labios.

Necesitaba á todos sus adoradores. Belovsorov, á quien llamaba á veces «mi fiera», y á veces sencillamente «el mío» se habría dejado echar al fuego por ella, sin dudar un instante. Desconfiando de sus facultades intelectuales, y de las demás también, diariamente proponía á la joven el matrimonio, dando á entender que los otros sólo trataban de cortejarla.

Maidanov, satisfacía el lado poético de su alma. Hombre bastante frío, como lo son en general los escritores, todo su ardor lo empleaba en asegurarlo que sentía adoración por ella, y la celebraba en versos interminables que le leía con un acento á la vez enfático y sincero. La simpatía que por él sentía Zinaida, no estaba exenta de alguna ironía. En el fondo no le hacia gran caso; y después de haber oído sus inspiraciones, le obligaba á recitar versos do Poucchine, para, según su frase, «refrescar el ambiente».

Luchine, burlón y cínico de palabras, la conocía mejor que los demás y la amaba también más que los otros, aunque aparentase indiferencia delante y detrás de ella.

Por su parte la joven le estimaba, pero no evitaba molestarle, y alguna vez, por un placer particular y maligno, le dejaba sentir que también á él le tenía entre sus manos.

—Yo soy una coqueta, yo no tengo corazón, mi naturaleza es de cómica —le decia un día

delante de mi—ya lo sabe usted. Ahora deme usted su mano y le daré un alfiler; sentirá usted vergüenza delante de este joven y á pesar del daño que le haga, usted, el hombre sincero, sonreirá.

Luchine se ruborizó, volvió la cabeza, mordiéndose los labios y acabó por entregar su mano, que la princesita pinchó, y en efecto, el médico sonrióse. También ella sonreía clavando cada vez más el alfiler, y dirigiendo la mirada hacia sus ojos que él en vano trataba de fijar.

Las que menos comprendía eran las relaciones que pudieran existir entre Zinaida y el conde Malewsky. Era éste un hombre bello, del gran mundo é inteligente, pero no sé qué de equívoco, de falso, se revelaba en él, hasta para mi, niño de dieciséis años, y me sorprendía que Zinaida no se diese cuenta.

Quién sabe si conocia perfectamente la tal falsedad, pero aquello no le producía el efecto que yo esperaba. Una educación mal dirigida, hábitos y costumbres extravagantes, la presencia constante de la madre, la pobreza y el desorden de la casa, todo, empezando por la misma libertad que disfrutaba la joven, la conciencia de que era ella superior á los que la rodeaban, le habían desarrollado una especie de desdén que no la hacía muy exigente.

Si sucedía que Vonifati daba la noticia de que no había azúcar ú otra cualquier cosa igualmente desagradable se hacía pública, ó una querella se entablaba entre los invitados, la joven se limitaba en agitar los bucles de su cabellera, exclamando:

— ¡Naderías! —y no se inquietaba más.

Yo por el contrario, sentía hervir mi sangre cuando Malewsky se aproximaba á ella, balanceándose con la hipocresía de una zorra, se

apoyaba graciosamente en el respaldo de la silla donde estaba la princesita sentada y comenzaba á hablarle al oído sonriendo suficiente y galantemente; mientras que ella, con los brazos cruzados sobre el pecho le miraba atentamente sonriendo también y moviendo la cabeza.

— ¿Qué gusto tiene usted en recibir al señor Malewsky? — le pregunté un día.

— Tiene unos bigotitos muy lindos — me contestó.—Eso no le interesa á usted.

Otra vez me dijo:

— ¿Quién sabe? usted se figura que lo quiero. No, yo no puedo amar á los que me veo obligada á medir de pies á cabeza. Es necesario que yo encuentre á alguien que se tenga en más que yo me tengo. Pero ese, á Dios gracias, no lo encontraré jamás, y nunca caeré bajo las patas de nadie. ¡No, no!

— ¿Luego, usted, no amaré nunca?

— ¿Y á usted entonces? ¿Es que yo no le quiero á usted? — dijo — y con la punta del guante me dió un golpecito en la nariz.

Sí, Zinaida se reía de mi.

Durante tres semanas la vi casi todos los días y de mi hizo todo lo que le vino en gana. Muy raras veces nos visitaba en nuestra casa, lo cual yo no sentía, y cuando venia se transformaba en gran señora, en gran princesa. Yo procuraba evitarlo: temiendo delatarme ante mi madre que no experimentaba grandes simpatías por la joven y nos espiaba con cierto aire de disgusto.

A mi padre no le temia tanto; apenas si parecía advertir que yo estaba presente. Con Zinaida le vi hablar muy poco, pero siempre de un modo particular, inteligente y nada trivial.

Cesé de trabajar, de leer y hasta abandoné mis paseos por los alrededores, y no monté más á caballo. Como un escarabajo sujeto

por un hilo, daba vueltas en rededor de mi pabellón predilecto, y allí hubiera permanecido siempre á serme posible.

Mi madre me reñía, y á veces la misma Zinaida me arrojaba. Entonces me encerraba en mi cuarto ó me escondía en el lugar, más separado del jardín, subiendo á un precipicio cortado verticalmente sobre el camino, y allí me sentaba con las piernas colgando y me pasaba horas enteras mirando, mirando sin ver nada.

Cerca de mi, junto á las hortigas polvorientas, revoloteaban perezosamente las mariposas. Un gorrión atrevido se posaba casi á mi lado, sobre una ramita, y piaba de un modo conmovedor, revolviéndose sin cesar con la cola extendida. Los cuervos, siempre desafiando, cruzaban de momento en momento, y á veces se detenían sobre la cima de un olmo sin hojas; el sol naciente jugueteaba dulcemente en las delgadas ramas; el sonido de las campanas del monasterio de Dou, llegaba por instantes apacible y monótono, mientras yo permanecía sentado mirando, oyendo, y todo mi ser se llenaba de un sentimiento inexplicable, en el cual se reunía todo: la tristeza, la alegría, el presentimiento de lo porvenir, el deseo, y el miedo de la vida.

Pero de todo esto, entonces yo no me daba cuenta exacta; nada hubiera podido definir de lo que fermentaba en mi, y si á aquel estado de mi alma, hubiese necesitado darle un nombre, le habría llamado Zinaida.

En cuanto á ella, continuaba jugando conmigo como un gato juega con un ratón; tan pronto coqueteaba y yo me animaba y me enterneecía, tan pronto me rechazaba y yo no me atrevía á aproximarme, ni siquiera á mirarla.

Me acuerdo que durante muchos dias seguidos la encontré exageradamente fría conmigo. Yo me sentía temeroso, y cuando cobardemente entraba en el pabellón, permanecía siempre al lado de la vieja, aunque precisamente entonces estuviese más gruñona é impertinente que nunca: sus procesos no iban bien y había tenido ya dos explicaciones con el comisario de policia.

Un día paseaba yo por el jardín á lo largo de la empalizada y advertí que se hallaba Zinaida sentada sobre la hierba, apoyándosela cabeza entre las manos y sin moverse. Yo pensaba alejarme con precaución, pero de repente levantó ella la cabeza y me hizo un signo imperativo. Me quedé inmóvil en mi sitio. No la había comprendido y la joven repitió el signo. Enseguida salté la empalizada, y, lleno de alegría, me dirigí hacia ella, pero un nuevo signo me detuvo, señalándome un sendero que se hallaba á dos pasos. Turbado, sin saber qué hacer, me puse de rodillas al borde del sendero. Ella estaba pálida; una tristeza tan amarga, una fatiga tan profunda se dibujaba en cada uno de sus rasgos, que mi corazón se oprimió y que á pesar mío yo murmuré:

— ¿Qué tiene usted?

Zinaida adelantó la mano, arrancó una hierba, la mordió y la volvió á arrojar.

— ¿Usted me ama mucho? — me preguntó al fin. — ¿Si?

Yo no contesté nada. ¿Para qué contestarle?

.— Si —repitió la joven sin cesar de mirarme — es eso... los mismos ojos — añadió quedando pensativa y tapándose el rostro con las manos. — Todo me disgusta... Huiría al extremo del mundo No puedo vencerme, y no puedo ser dueña de mi ..¿Qué me espera en lo porvenir? ...¡Cuánto me pesa lo hecho!.... ¡Cuánto me pesa!....

— ¿Qué? —pregunté yo tímidamente.

Zinaida no me contestó, no hizo más que alzar los hombros.

Yo permanecí de rodillas mirándola con una profunda tristeza. Todas las palabras suyas me habían llegado al corazón. En aquel momento me parecía que yo hubiese dado mi vida por arrancarle su pesar. La miraba, y aunque no me fuera posible adivinar lo que tanto le pesaba, yo la veía muy límpidamente en espíritu llegar al rincón del jardín donde se encontraba, y caer allí como una planta muerta.

A nuestro alrededor todo era alegría y verdura. El viento murmuraba en el follaje, balanceando de tiempo en tiempo la larga

rama de un sauce encima de la cabeza de Zinaida. Las tórtolas se arrullaban, y las abejas susurraban revoloteando muy bajo sobre la hierba rasa. En lo alto, azuleaba el cielo acariciador, y yo estaba triste...

— Recíteme usted algunos versos — me dijo en voz baja Zinaida, apoyándose sobre un codo — á mi me gusta cómo recita usted. Canturrea usted un poco, pero eso no importa. Recíteme usted «Sobre las colinas de Georgia». Pero siéntese usted antes.

Me senté, y recítele «Sobre las colinas de Georgia».

\*\*

No amar ya más, es imposible

repitió como un eco Zinaida, al último verso.

— He aquí en lo que la poesía nos hace bien: manifestándonos lo que no existe, pero que vale más que lo existente, y se parece más á la verdad...

¡No amar ya más es imposible!

Se quisiera, pero no se puede alcanzar.

De nuevo se calló, y de repente sacudióse y se levantó.

— Venga usted; Maidanov está con mamá. Me ha traído su poema y lo he dejado allí. También tiene el poeta una pena en esto momento. ¿Pero qué hacer?... algún día sabrá usted... pero no me quiera usted mal...

Zinaida me estrechó rápidamente la mano, y corrió delante de mí. Entramos en el pabellón.

Maidanov comenzó la lectura de su asesino, que acaba de publicarse; pero yo no le escuchaba, mis ojos estaban fijos en la princesita, y mi pensamiento no podía apartarse de sus últimas palabras, cuya significación me esforzaba en penetrar.

Puede ser que un rival secreto

Te haya vencido de pronto.

exclamó de repente Maidanov, y mi mirada y la de Zinaida se encontraron. Ella bajó los ojos, y vi que enrojecía, y yo senti que el espanto helaba mi cuerpo. Antes estaba celoso; pero sólo en aquel instante el pensamiento de que ella amaba á otro, pasó como un relámpago por mi cerebro.

¡Dios mío, está enamorada!

## X

Las verdaderas torturas comenzaron para mí en aquel momento. Me rompía la cabeza, reflexionaba, rumiaba mil ideas, y sin cesar, aunque muy secretamente, vigilaba á Zinaida. Un cambio se había operado en ella: esto era indudable.

Casi siempre se paseaba sola durante largos ratos, y á veces no se mostraba á sus visitantes; permanecía en su cuarto horas enteras, lo cual no hizo antes jamás.

De repente me volví — ó al menos así me lo figuraba — muy perspicaz. «¿Es este ó es aquél?» me preguntaba yo repasando en la memoria las cualidades de sus adoradores, uno después de otro.

El conde Malewsky, (aunque para vergüenza de Zinaida hubiese de reconocerlo yo así) me parecía más peligroso que los otros.

A pesar de su perspicacia, yo no veía más allá de la nariz, y mi secreta vigilancia no engañaba á nadie. El doctor Luchine me lo descubrió rápidamente. Por lo demás, él mismo había cambiado mucho en los últimos tiempos, enflaqueció, reía de un modo misterioso, maligno y breve. Una irritación involuntaria, nerviosa, vino á reemplazar la ironía ligera que le era peculiar, á su cinismo forzado.

— ¿Qué viene usted á hacer constantemente aquí, joven? — me dijo un día en que nos hallábamos solos en el salón de las Zassequine.

Zinaida aún no habla vuelto de su paseo, y la voz chillona de la princesa se oía en la cocina, peleándose con su camarera.

— Mejor haría usted estudiando y trabajando ahora que es joven, en vez de hacer lo que hace.

— Usted no sabe si trabajo ó no en mi casa — le contesté no sin altivez, pero con cierta turbación también.

— ¡Un bonito trabajo! Otra cosa le preocupa á usted. En fin yo no discuto; á la edad de usted, es lo natural, únicamente que no ha elegido usted bien. ¿Usted no comprende en qué género de casa se halla?

— No comprendo lo que usted quiere decir — le observé yo.

— Si usted no lo comprende, peor para usted, Considero que es mi obligación abrir a usted los ojos. Nosotros, los solterones, podemos aventurarnos á venir aquí ¿qué puede resultar?

Estamos bromeados y nada puede hacer mella en nosotros; mientras que la epidermis de usted, es aún sensible. Este ambiente es malsano para usted, y puede contagiarle.

— Cómo es eso?

— Muy sencillamente. ¿Se siente usted sano de espíritu en este instante? ¿Está usted en estado normal? ¿Lo que usted experimenta, le es necesario, conveniente?

—¿Pero qué experimento yo? — pregunté conviniendo interiormente en que el doctor tenía razón.

— ¡Ah joven, joven! — continuó, como si en estas palabras encerrase algo ofensivo para mi, — no sirve usted para disimular. Gracias á Dios lo que tiene usted en el alma se refleja aún en el rostro. Pero después de todo lo que he dicho, comprendo que yo tampoco estaría aquí (el doctor apretó los dientes) si no fuera también como usted, un original. Lo único que me extraña, es que usted no vea lo que pasa!

— ¿Pero qué pasa? — pregunté yo vivamente adelantándome para no perder ni una sola palabra de la contestación.

El doctor me miró con una especie de piedad burlona.

— ¡He quedado lucido!—dijo como hablándose á si mismo — con este caballero á quien hay que contarle esas cosas. En una palabra —añadió levantando la voz — se lo repito á usted, la atmósfera que aqui se respira le es perjudicial. Le parece á usted muy agradable hallarse en esta casa, pero también existen otras cosas muy agradables que traen fatales consecuencias. En un invernadero, se huele muy bien, pero no es posible vivir. Créame usted, vuelva á su Kaïdanov.

La anciana princesa entró quejándose al doctor de que le dolían las muelas, y pocos momentos después llegó Zinaida.

— Precisamente — dijo la madre — ríñala usted, doctor. Todo el día está bebiendo agua helada ¿no es esto perjudicial para el pecho?

— ¿Por qué hace usted eso?—preguntó Luchine.

— ¿Qué puede resultar?

— Un enfriamiento y morir.

— ¿De veras?... Tanto mejor.

— ¡Ah! — gruñó el doctor.

La anciana princesa salió.

— ¡Bah! —exclamó Zinaida — eche usted una mirada en derredor: ¿tan alegre es la vida? ¿Es alegre? ¿Cree usted que yo no comprendo? ¿Cree usted que yo no siento? Me gusta mucho beber agua helada, ¿y se figura usted que me ha de persuadir de que debo sacrificar á una vida como esta, el placer de un momento?... No lo hablo á usted de la felicidad.

— ¡Si, si! Es el capricho dominante en usted; el deseo de aparecer siempre independiente. Toda la naturaleza de usted se resume en estas palabras.

Zinaida se rió nerviosamente.

— Usted no está al corriente, caro doctor, es usted un mal observador; está usted atrasado... póngase usted los quevedos... no me encuentro en estos momentos en situación de hacerme la caprichosa; hacerle pasar á usted por torpe y hacer la torpe yo también, no es bastante divertido. En cuanto á la independencia... señor Valdemar — añadió de repente Zinaida — abandone usted ese aire melancólico. No tolero que se tenga piedad de mí.

— Es nociva, es nociva para usted esta atmósfera, joven— me repitió aún Luchine.

## XI

En la noche de aquel día nos reuníamos en el salón de los Zassequine los concurrentes habituales.

La conversación era sobre el poema de Maidanov, que Zinaida elogiaba sinceramente.

— Pero sabe usted — dijo el joven —si yo fuera poeta escogería otros argumentos. Quizá sean tonterías, pero algunas veces se me ocurren cosas muy raras; sobre todo cuando no puedo dormirme antes de la madrugada, cuando el cielo comienza á hacerse, purpúreo y gris. Yo escogería por ejemplo... pero ustedes se burlarán de mi.

— No, no — exclamamos todos á la vez.

— Yo pondría en escena — continuó diciendo, con los brazos cruzados sobre el pecho y la mirada perdida en el vacío — un grupo de jóvenes vestidos de blanco, con coronas de flores blancas, cantando algo, un himno, por ejemplo.

— Comprendo, comprendo, continúe usted — dijo Maidanov, con un aire inspirado y grave.

— De repente ruido, risas, antorchas, chapotear de agua en el río... Es un grupo de bacantes que corren cantando y gritando. Ahora á usted, señor poeta, corresponde hacer el cuadro; pero yo quisiera que las antorchas fuesen rojas y despidiesen mucho humo, y que los ojos de las Bacantes brillaran bajo sus coronas, las cuales

habían de ser de un color obscuro. No olvide usted tampoco las pieles de tigre, las copas y el oro, mucho oro.

— ¿Y dónde debo derramar ese oro? — preguntó Maidanov echando hacia atrás sus cabellos grises y abriendo las fosetas de la nariz.

— ¿Dónde? Sobre las espaldas, sobre los brazos, sobre las piernas, por todas partes.

Dícese que en la antigüedad las mujeres llevaban anillos en el tobillo. Las Bacantes llaman á las jóvenes del barco. Estas cesan de cantar su himno, y en efecto les es imposible continuar, pero no dicen nada. El río las impulsa hacia la orilla y he aquí que de repente una de ellas se levanta con suavidad... Es necesario describir esto bien: decir cómo se levanta suavemente á los reflejos de la luna y cómo sus compañeras se estremecen. Salta la banda del barquito y desciende al río. Las Bacantes la rodean, y se la llevan ocultas en la noche, en la sombra. Imagínense ustedes grandes columnas de humo y todo entra en la confusión. No se oyen más que gritos agudos y no se ve más que una corona que ha caído en el río

Zinaida calló.

— «¡Oh, está enamorada!» —pensé nuevamente.

— ¿Es eso todo? — preguntó Maidanov.

— Eso es todo — contestó la joven.

— No es bastante argumento para un poema — dijo el poeta con un tono solemne; — pero sí para una poesía lírica y me aprovecharé de esa idea.

— ¿Del género romántico? — preguntó Malewsky.

— Seguramente del género romántico, del de lord Byron.

— Para mí, Víctor Hugo es preferible á Byron — dijo con cierta indiferencia el conde,—es más interesante.

— Víctor Hugo es un escritor de primer orden —replicó Maidanov —y mi amigo Tonkochiur en su novela española El Trovador...

— ¡Ah, sí! Ese libro con interrogantes al revés—interrumpió Zinaida.

— Así se usan en la ortografía española, al comenzar la pregunta, porque los españoles usan dos signos de interrogación.

Quería decir que...

— Vamos, van ustedes á discutir sobre el clasicismo y el romanticismo—interrumpió otra vez Zinaida.—Preferible es que juguemos...

— A los gants—dijo enseguida Luchine.

— No, eso es muy aburrido, mejor á las comparaciones.

Este juego era una invención de la princesita; se designaba cualquier objeto, y cada uno trataba de compararle á otra cosa, y aquel que encontraba el simil más aproximado, recibía el premio.

Aproximóse Zinaida á la ventana; el sol acababa de ponerse, largas nubes rojas se extendían á una altura inmensa en el cielo.

— ¿A qué se parecen esas nubes? — preguntó la joven;—y sin esperar la respuesta, dijo:—Yo creo que se paracen á las velas de púrpura que impulsaban la barca de Cleopatra, cuando se dirigía al encuentro de Antonio. ¿Se acuerda usted, Maidanov? Usted me ha contado eso, no hace mucho tiempo.

Todos nosotros, como Polonio en Hamlet, nos decidimos por el parecido de aquellas nubes con las velas de púrpura, y confesamos que ninguno de los presentes podría encontrar comparación más exacta.

— ¿Qué edad tenía entonces Antonio? — preguntó Zinaida.

— Debía ser un hombre joven— contestó Malevsky.

— Si, joven— confirmó Maidanov.

— Perdón — exclamó Luchine — tenía más de cuarenta años.

-¡Más de cuarenta años! — repitió Zinaida echando una rápida mirada al doctor...

Un momento después entraba yo en mi casa.

«Está enamorada — murmuraron á pesar mío mis labios — ...  
¿pero de quién?»

## XII

Los días se sucedían.

Zinaida cada vez aparecía más extraña é incomprensible.

Una vez llegué á su casa y encontréla sentada en una silla de paja, con la cabeza apoyada en el borde de una mesa. Irguióse al oirme y vi que sus ojos se hallaban llenos de lágrimas.

— ¡Ah, es usted!— dijo sonriendo, pero con cierta severidad — acérquese.

Me aproximé. Apoyó las dos manos en mi cabeza y comenzó á torcerme los mechones de pelo.

— Me hace usted daño — dijo al fin.

— ¡Ah, esto, esto hace daño! ¿Y yo, yo no siento daño? ¿Yo no siento daño? — repetía.— ¡Ah, ah! — exclamó de repente, viendo que me había arrancado un mechón. — ¡Qué he hecho! ¡Pobre señor Valdemar! — y alisando los cabellos formó un anillo.

— Voy á colocarlos en un medallón y los llevaré conmigo— y las lágrimas seguían brillando en sus ojos. — Esto quien sabe le consolará á usted un poco, y ahora adiós.

Al volver á mi casa me encontré con una escena de familia. Mis padres tenían una explicación. Mamá reprochaba á mi padre algo, y él sin discutir, permanecía frío y cortés; muy pronto se fue.

No pude enterarme de qué se lamentaba mamá, porque mi cabeza estaba preocupada con otras ideas. Me acuerdo únicamente

que una vez terminada la querrela, me llamó mi madre á su gabinete y en un tono muy desagradable, me habló de mis frecuentes visitas á casa de la princesa, la cual, según su opinión, era una mujer capaz de todo.

Las lágrimas de Zinaida me habían perturbado por completo, y no sabía en qué idea detenerme, hallándome á punto de llorar también; porque apesar de mis dieciséis años yo continuaba siendo un niño. No pensé más en Malevsky, ni en Belovsrow, aunque se manifestase más atrevido de día en día y mirase al conde como un lobo miraría á un cordero. Yo no pensaba en nada ni en nadie. Me perdía en un mar de reflexiones y buscaba siempre los lugares solitarios. Más que nunca me gustaba ir al precipicio de sobre el camino y subía al elevado muro y me sentaba allí, como un adolescente, tan desgraciado, tan triste, tan abandonado, que llegaba á sentir piedad de mi mismo; y las sensaciones amargas tenían para mí, un no sé qué de muy dulce que me embriagaba y que saboreaba...

Un dia, encontrándome sobre ese muro, mirando hacia lo lejos y oyendo el eco de las campanas... un dia hallándome en aquella altura sentí de repente como el susurro de un viento que pasase junto á mi, y me rozase. Bajé los ojos. Por bajo, por el camino, vestida con un traje de finísima tela, de color rosa, con una sombrilla, rosa también, sobre el hombro, Zinaida marchaba rápidamente. Distinguíome y se detuvo; y levantando el ala de su sombrero de, paja, levantó hacia mi sus ojos de terciopelo.

— ¿Qué hace usted ahí, en sitio tan alto? — me pregunto sonriendo de un modo extraño. — Constantemente me asegura usted que me ama; salte usted sobre el camino si realmente es cierto.

Apenas hubo pronunciado estas palabras, cuando yo me precipitaba, como si alguien detrás de mí me empujase: el muro tenia cuatro metros de altura aproximadamente.

Cai de pie; pero el choque fué tan violento, que no pude dominarme y perdí el conocimiento. Cuando volví en mí, sin abrir los

ojos, sentí á mi lado á Zinaida.

— Pobrecito mio — decía la joven inclinada

sobre mi pecho, y con una voz que delataba su terror. — ¿Por qué me has obedecido?... ¡Yo te amo, sábelo! Vuelve en ti...

Su pecho respiraba junto al mío, sus manos acariciaban mi cabeza; y de repente — ¡oh Dios mio! ¡qué experimenté en aquel momento! — sus labios frescos y suaves comenzaron á cubrir de besos mi rostro, y rozaron mis labios... Pero súbitamente, comprendiendo por la expresión de mi semblante que yo ya no estaba en el síncope, aunque continuase con los ojos cerrados, levantóse rápidamente y dijo:

— ¡Vamos! Levántese usted, chiquillo, loco. ¿Por qué se arrastra usted por el polvo?

Me levanté.

— Déme usted, mi sombrilla... Mire usted dónde la he echado y no mire de ese modo. ¿Qué significan esas tonterías? ¿No se ha pinchado usted con las ortigas? Ya le he dicho que no me mire así. Pero no comprende nada, no dice nada — dijo como si hablase con ella... —Váyase usted á casa; cepílese y no se permita usted seguirme, porque si no nunca ya...

Sin concluir la frase se alejó rápidamente, y yo me quedé sentado en medio del camino, porque mis pies no podían sostenerme, con las manos encendidas por la escozor que las ortigas me producían, todo el cuerpo dolorido, la cabeza como si sintiese un vértigo; pero las sensaciones que acababa de experimentar fueron tan deliciosas, como seguramente ni se han repetido en mi vida, ni se repetirán. Yo sentía en todos mis miembros como un malestar dulce que acababa por determinar exclamaciones de gozo y sacudidas de alegría. En efecto, como véis, era aún bien niño.

## XIII

Hasta tal punto estuve alegre y orgulloso aquel día, y conservé tan distintamente sobre mi rostro la sensación de sus besos, recordé con tan gran placer cada una de sus palabras, mecí tan cuidadosamente mi dicha inesperada, que sentí miedo de volver á ver lo que fué la causa de todas aquellas emociones desconocidas. Me parecía que ya no era posible pedir más á la dicha; que lo único que me restaba era «respirar á pulmones llenos, y morir». Pero al día siguiente cuando me dirigí hacia el pabellón, experimenté una gran turbación que quise en vano ocultar bajo la máscara de tranquila indiferencia, del hombre que quiere dar á entender que es discreto y sabe callarse.

Zinaida me recibió con gran naturalidad y sin ninguna turbación, amenazándome simplemente con la mano, y preguntándome si no tenía morados en el cuerpo. Toda mi tranquilidad importante y mi actitud misteriosa, se desvanecieron instantáneamente y con ellas mi estado de violencia con respecto á la princesita. Ciertamente, yo no esperaba ninguna cosa extraordinaria; pero la tranquilidad de Zinaida, hizo en mi el efecto de una ducha de agua fría, y comprendí que yo no era para ella más que un niño, y el corazón se me oprimió. Se puso á dar paseos á lo largo de la habitación, y cada vez que pasaba junto á mi, me miraba y sonreía; pero sus pensamientos estaban en otra parte, yo lo veía claramente... «¿Será preciso que yo le recuerde lo ocurrido ayer?» — pensé — ¿preguntarle dónde iba tan deprisa, para saber al fin...?» Pero me limité á hacer con la mano un movimiento de desolación, y fui á aislarme en un rincón.

Belovsorov entró, y sentí cierta satisfacción al verle.

— No he podido encontrar un caballo de silla bastante dócil para usted — dijo en un tono brusco — Freitag me recomendaba uno, pero yo no lo he encontrado infinitamente seguro. Tengo miedo.

— ¿De qué tiene usted miedo, me atrevo yo á preguntar? — dijo Zinaida.

— ¿De qué tengo yo miedo? Usted no sabe montar á caballo, y si sucediera que le pasara á usted algo...

—¿Y á santo de qué se le ocurre á usted este capricho? Eso me importa á mi. Puesto que usted no quiere, voy á suplicar á Pietr Vassilievitch...

(asi se llamaba mi padre, y á mí me sorprendió que pronunciase la joven tan libre y tan fácilmente su nombre, como si estuviese segura que él se hallaba á sus órdenes).

— ¿Acaso sale usted á pasear con él?

— Con él, ó con otro, poco le importa á usted; de todas maneras no será con usted.

— ¿Conmigo no? — dijo Belovsorov.—Como usted quiera. Yo encontraré el caballo.

— Pero cuide usted que no sea una oveja, porque he de galopar.

— Galopará usted si quiere ¿Con quién, pues? ¿Con Malevsky?

— Y por qué con él, guerrero mio? Tranquilícese usted; no eche usted llamas por los ojos, vendrá usted también con nosotros. Demasiado bien sabe usted lo que Malevsky significa para mi. Psch... — y la princesita hizo un movimiento de disgusto.

— Usted dice eso por consolarme — murmuró Belovsorov.

Zinaida guiñó los ojos.

— ¿Eso le consuela á usted? ¡Oh, oh, oh guerrero — dijo al fin como si no encontrara otra palabra. — ¿Y usted, señor Valdemar, tampoco quiere usted venir con nosotros?

— A mi no me gustan.. . las compañías numerosas — dije yo sin levantar la vista.

— Usted prefiere el dúo. Bien. Cada uno debe cumplir su gusto — añadió suspirando.—

Belovsorov, vaya usted á ocuparse de eso; necesito el caballo para mañana.

— Sí, ¿y el dinero? ¿de dónde lo sacarás? — preguntó la madre.

Zinaida arrugó el entrecejo.

— No se lo pido á usted; Belovsorov me lo prestará.

— Prestará, prestará — refunfuñó la vieja — y de repente, con toda su voz llamó: — ¡Duniaska!

— Mamá, ya tiene usted el timbre que lo he traído para llamar.

— ¡Duniaska! repitió del mismo modo la princesa.

Delovsorov se despidió y yo salí con él sin que Zinaida me retuviera.

## XIV

A la mañana siguiente me levanté temprano, cojí un bastón y dirigime hacia el fuerte derruido. Quería distraer mi pena. El dia estaba hermoso, claro y no muy caluroso. Un vientecillo alegre y fresco agitaba los árboles produciendo un murmullo ligero y regular, pero ni una hoja arrastraba, tan suave era.

Durante largo rato me paseé por las montañas y por los bosques. Había salido de mi casa con la idea de abandonarme por entero á mi melancolía, pero la juventud, el hermoso tiempo, el aire fresco, la agitación do una marcha rápida, el rato de reposo, en pleno campo, sobre la hierba, en un lugar solitario, torcieron el rumbo de mis ideas. El recuerdo de mis inolvidables males, de los besos recibidos, persistían grabados en mi alma, pero sin producirme pena. Me era grato pensar que Zinaida no podía dudar do mi heroísmo y de mi valentía.

«Prefiere á los otros — pensaba yo, — bueno, pero mientras ellos hablan, yo obro ¿y á eso se limita todo lo que yo puedo hacer por ella?

Y de nuevo comenzaba á trabajar mi imaginación. Me representaba cómo la salvaría de las manos de un enemigo, de qué manera cubierto de sangre, la sacaría de una prisión y moriría á sus pies. Me acordaba del cuadro que había en nuestro salón: Malek-Adel raptando á Matilde; y de repente mis pensamientos se detuvieron ante la vista de un pájaro muy grande que había ido á

posarse en un árbol y miraba á través de las ramas con inquietud, á derecha é izquierda, como un director de orquesta.

Después empecé á cantar: «Las nieves tan blancas» y terminé con una romanza en moda: «Te espero cuando el céfiro se eleve»; y declamé enseguida en alta voz los versos de Jermak á las estrellas en la tragedia de Khonicakof; y por último probé de hacer una poesía, muy melancólica y solo conseguí encontrar el último verso de los cuartetos, que era éste: ¡Oh Zinaida, Zinaida!»

Como la hora de la comida se acercaba, descendí al llano y por un sendero que en él serpenteaba, dirigíme hacia la ciudad. Oí el ruido sordo de una cabalgada, que avanzaba detrás de mí. Volvíme y me detuve en seco, quitándome la gorra, al reconocer á Zinaida y á mi padre. Marchaban juntos; mi padre apoyaba la mano en su montura, hablaba á la joven inclinando todo el cuerpo hacia ella, sonreía y Zinaida le escuchaba silenciosa, sin levantar los ojos hacia él, y con los labios apretados. Al principio sólo vi á ellos; pero unos momentos después en un recodo del camino vi aparecer á Belovsorov, con su uniforme de húsar, montando un caballo negro cubierto de sudor espumoso. Me separé. Mi padre se irguió sobre la silla;

Zinaida levantó lentamente sus ojos hacia él, y ambos pusieron sus caballos á galope, seguidos de Belovsorov. «El está rojo como un langostino — me dije — mientras que ella ¿por qué está tan pálida? ¡Toda la mañana va á caballo y tan pálida!»

Apresuré el paso y llegué á mi casa en el momento en que íbamos á comer.

Mi padre, se había lavado y cambiado ya de ropa; se hallaba cerca de la butaca de mi madre, leyendo con su voz sonora y serena el folletón del Journal des Debats.

Pero mamá le escuchaba sin atención. Al entrar yo, preguntóme dónde había pasado el día, añadiendo que no le gustaba que me fuera, quién sabe dónde y quién sabe con quién.

— Pero es que me he paseado solo — estuve á punto de contestar, pero miré á mi padre y me callé, sin explicarme por qué

razón.

## XV

En los cinco ó seis días siguientes no vi á Zinaida. Decían que estaba enferma, lo cual no fué obstáculo para que los concurrentes habituales acudieran á la casa, todos menos Maidanov, que languidecía y entristecía enseguida cuando no se le presentaba ocasión de manifestar su entusiasmo.

Belovsorov continuaba sentándose en un rincón, con su aire apesadumbrado. En el delicado rostro del conde Malewsky se dibujaba sin cesar una sonrisa maligna. En efecto, había caído en desgracia para Zinaida, y con un cuidado especial trataba de captarse las simpatías de la madre. Un día hasta la acompañó á casa del gobernador general, pero esta gestión no tuvo buen éxito, y Malewsky sufrió las consecuencias: le recordaron cierta historia con los oficiales del ejército y se vió obligado á confesar, para justificarse, que en aquella época, carecía de experiencia.

Luchine iba dos veces por día, pero se detenía poco. Yo le temía algo desde nuestra última explicación, y la verdad es también que no me inspiraba verdadera simpatía. Un día vino á pasearse por el jardín de Nekucheni, de muy buen humor y muy amable, fué describiéndome algunos planetas, cuyas propiedades me explicó. De repente, y del modo más imprevisto, dióse una palmada en la frente y exclamó:

— ¡Y yo imbécil que me figuré que era una coqueta!  
Probablemente hay quien siente un placer sacrificándose.

— ¿Qué quiere usted decir con eso? — pregunté yo.

— ¡A usted nada!—contestóme Luchine bruscamente.

No dejé de observar que Zinada procuraba no verme y que mi presencia—era imposible no advertirlo—la impresionaba desagradablemente. A pesar suyo, huía de mí, ¡a pesar suyo! y esto era lo que más me atormentaba. Pero como nada podía hacer para remediarlo, procuré no presentarme delante de ella, y únicamente de lejos la espiaba, lo cual no me daba siempre buen resultado.

Indudablemente en su alma ocurría algo incomprensible; su rostro había cambiado por completo. Sobre todo me causó profunda sorpresa ese cambio, una tarde en que yo me hallaba sentado en un banquito, bajo el ramaje de un tilo. Aquel lugar me gustaba mucho, porque desde allí se veía la ventana del cuarto de Zinada. Sobre mi cabeza, en el follaje espeso, se agitaba un pajarito, un gato gris, extendiéndose con precaución en busca de alguna caza, y los primeros abejorros zumbaban pesadamente por el aire todavía transparente, aunque ya no tan límpido. Sin moverme de aquel sitio, miraba la ventana y esperaba, preguntándome si abriría. En efecto, se abrió y apareció Zinada, vestida con un traje blanco, y blanca estaba ella misma, su rostro, sus manos, sus brazos ...

Durante mucho tiempo permaneció inmóvil, y durante mucho tiempo su mirada, fija en un punto, parecía clavada bajo sus cejas fruncidas. Jamás le había visto semejante mirada. Después, estrechando con violencia sus manos, una en la otra, las llevó á sus labios, á su frente, y enseguida, separando los dedos, echó hacia atrás sus cabellos que le caían sobre las orejas, los sacudió, y con una especie de decisión repentina, inclinando su cabeza, cerró la ventana.

Tres días después la vi en el jardín; yo quise evitar el encuentro, pero ella vino á mí.

— Deme usted el brazo — me dijo con la ternura de antes. — Hace mucho tiempo que no hemos hablado.

Me fijé en ella; sus ojos brillaban dulcemente y su rostro sonreía como á través de una ligera bruma.

— ¿Continúa usted indispuesta? — le pregunté.

— No; por ahora me encuentro bien—contestóme arrancando una rosita encamada. — Me siento algo fatigada, pero esto pasará también.

— ¿Y volverá usted á ser como antes?

Llevó la rosa á su rostro y parecióme que el color de los pétalos se reflejaba en sus mejillas.

— ¿Estoy acaso cambiada? — me preguntó.

— ¡Y tanto!—lo contesté con una emoción que no pude reprimir.

— Si, he estado algo fría con usted, ya lo sé, pero no debe usted hacer caso. No podía ser de otro modo... ¿Pero á qué hablar de esto?

— ¡Usted no quiere que yo la ame! Esa es la verdad — exclamé yo tristemente, en un arranque involuntario.

— Yo; ámeme usted, pero como antes.

— ¿Cómo?

— Como amigo, así — y me dió la rosa á oler después de lo cual prosiguió:—Yo tengo mucha más edad que usted, yo podía ser su tía seguramente, ó si no, la hermana mayor de usted y claro usted es

— Yo soy para usted un niño — la interrumpí.

— Pues bien, sí, un niño, pero encantador, bueno, inteligente, á quien yo quiero mucho.

Se me ha ocurrido darle á usted un grado; desde hoy será usted mi page, y no debe olvidar que los pages deben hallarse siempre al lado de su señora. He aquí el distintivo de sus nuevas funciones—añadió poniéndomela rosa en el ojal en señal de mi afecto por usted.

— Antes recibía yo de usted otras señales — murmuré.

— ¡Ah! — dijo Zinaida mirándome de reojo — ¡qué memoria tan feliz! Pues bien, ahora lo mismo, estoy pronta — ó inclinándose hacia mí, me dió en la frente un beso puro y tranquilo.

Cuando levanté los ojos, ya se disponía á irse.

— Sígame usted, mi page — dijo dirigiéndose al pabellón.

La seguí, no sabiendo qué pensar. «¿Esta joven dulce y razonable —pensaba yo — es la misma Zinaida que conozco?...

Su andar me parecía más reposado y toda su persona más majestuosa...

¡Oh, Dios mío, con qué nuevo vigor se reanimó mi pasión!

## XVI

Aquel día, después de comer, la princesita se presentó á los amigos que se hallaban en el pabellón. El número de los concurrentes era el mismo que el de la primera é inolvidable velada. Hasta Nirtmatsky se encontraba allí. El primero en llegar fué Maidanov, que traía nuevas poesías.

Empezó el juego de los fants pero sin las raras invenciones, sin locuras, sin ruido: la despreocupación bohemia habia desaparecido. Zinaida había dado un carácter nuevo á nuestras reuniones. Con arreglo á mis funciones de paje, me hallaba sentado junto á ella. Una de sus proposiciones fué que quien hubiese de pagar una prenda, contase un sueño; pero ninguno fué muy interesante. Belovsorov había soñado que dió de comer pescado á su caballo y que la cabeza de éste era de madera. Otros los inventaban, como el poeta Maidanov, que nos contó un verdadero cuento en el cual salían á relucir sepulcros, ángeles, lirás, flores parlantes y sonidos lejanos. Zinaida no le dejó concluir.

— Si es para contarnos leyendas, mejor es que cada uno de nosotros recite alguna de su invención...

Otra vez le tocó empezar á Belovsorov. que todo confuso exclamó:

— Yo no sé inventar nada.

— Qué tontería — dijo Zinaida. —Pues bien, imagínese usted que se ha casado y díganos cómo pasaría el tiempo con su mujer. ¿La encerraría usted?

— La habría encerrado.

— ¿Y permanecería usted con ella?

— Si, encerrado con ella.

— Muy bien; ¿pero si esto le aburriese y le engañase á usted?

— La habría matado.

— ¿Y si se hubiera podido escapar?

— La habría cogido y la habría matado.

— Está bien. Ahora, si fuera yo la mujer de usted ¿qué habría usted hecho?

Belovsorov no contestó en seguida.

— Me habría matado yo.

Zinaida sonrió.

— En usted las cosas no cansan por largas.

La segunda prenda hubo de pagarla la princesita.

Elevó los ojos al techo y quedóse pensativa.

—Oigan ustedes - dijo — lo que he inventado.

Imagínense un palacio soberbio, una noche de estío y un baile espléndido dado por una reina joven. Por todas partes oro, mármol, cristal, seda, luces, perlas, flores, perfumes, todo el lujo de la opulencia...

— ¿Le gusta á usted el lujo? — preguntó Luchine.

— El lujo es lindo, hermoso — contestó Zinaida — y á mi me gusta todo lo lindo.

— ¿Más que lo bello? — insistió Luchine.

— Probablemente usted ha dicho algo muy profundo ahora y yo no lo comprendo. No me interrumpa usted. El baile es espléndido y los invitados son en gran número, todos jóvenes, guapos, valientes y todos enamorados hasta la locura de la reina.

— ¿No hay mujeres entre los invitados? — pregunta Malewsky.

— ¡No!... ó sí... esperen... si, si que hay.

— ¿Todas feas?

— ¡Hermosísimas, muy bellas! Pero los hombres, como ya he dicho, están todos enamorados de la reina, que es una soberbia criatura, alta, esbelta, y lleva como adorno do sus espléndidos cabellos negros, una pequeña diadema de oro.

Miré á Zinaida que en aquel momento parecía dominarnos á todos. Sobre su blanca frente y sus cejas inmovibles, se reflejaba un espíritu tan elevado, una inteligencia tan serena, una potencia tan imperiosa, que yo no pude menos de decirme:

— Tú misma eres la reina.

— Todo el mundo se agrupaba á su alrededor — continuó la joven — dirigiéndole cada uno las palabras más halagadoras.

— ¿Le gusta á esa reina que la halaguen? — preguntó también Luchine.

— ¡Qué insoportable! ¡Interrumpiéndome siempre! ¿A quién no gusta que le halaguen?

— Permítame usted una última pregunta — dijo Malewsky— ¿La reina tiene marido?

— No he pensado en eso. No. ¿Para qué marido?

— Efectivamente, es verdad. ¿Para qué marido? — añadió en francés el conde.

— Gracias—le contestó en la misma lengua Zinaida. —La reina escuchó aquellos halagos, oyó la música, pero sin fijarse en ninguno de los invitados. Por sus ventanas abiertas de par en par, se ve un cielo brillante sembrado de lucientes estrellas, el jardín oscuro con sus añosos árboles... la reina mira el jardín. En él, junto á los árboles hay una fuente que se distingue blanca y muy larga; larga como un fastasma de la noche. La reina, entre la música y las palabras, oye el dulce murmullo del agua; y mirando piensa: «Vosotros todos

jóvenes, sois caballerescos, inteligentes, ricos, me rodeáis, recogéis el menor sonido que pronuncian mis labios, estáis dispuestos á morir á mis pies, me pertenecéis: y allí bajo, cerca de la fuente, cerca del agua que murmura, me espera el que yo amo, aquel á quién yo pertenezco. No va vestido con ricas telas, ni lleva piedras preciosas; es un desconocido, pero me espera y está seguro que yo iré, y ninguna fuerza podría detenerme cuando yo quiera ir á él, y permanecer á su lado, y perderme en su compañía, allá bajo, en el jardín obscuro, entre el susurro de los árboles y el murmullo de la fuente...»

Zinaida se calló.

— ¿Es una invención? — preguntó maliciosamente Malewsky.

Zinaida ni se dignó mirarle.

— Y qué hubiéramos hecho nosotros de, pertenecer al número de los invitados?—preguntó Ludine—y si hubiésemos conocido la existencia de ese sér dichoso cerca de la fuente?

— Esperen, esperen aún —replicó Zinaida. — Yo diré, lo que habría hecho cada uno de ustedes. Belovsorov, le hubiera retado en duelo; Maridanov, le hubiera escrito un epigrama; Nirmatsky le hubiera pedido... le habría prestado con interés crecido alguna cantidad. Usted, doctor... — la joven se detuvo — yo no sé lo que usted hubiera hecho.

— Como médico de la reina—dijo Luchine— hubiese aconsejado á Su Majestad, que no diese

la fiesta cuando su espíritu no había de estar en ella.

— Quizás tenga usted razón. ¿Y usted, conde?

—¿Yo?—dijo Maleswky con su maligna sonrisa.

— Usted habría enviado á aquel ser feliz una cajita de bombones envenenados.

En el rostro de Malewsky, se dibujó ligeramente una mueca de rabia y de despecho; pero enseguida se echó á reír.

— En cuanto á usted, señor Valdemar...—prosiguió Zinaida — Pero basta; empecemos otro juego.

— El señor Valdemar, en calidad de paje de de la reina, habría llevado su trenza, cuando ella estuviera en el jardín—dijo Malewsky con un acento lleno de hiel.

Me ergui indignado; pero Zinaida se apresuró á ponerme la mano en el hombro, y dijo con voz un poco temblorosa:

— Jamás he dado á Vuestra Señoría el derecho de ser insolente, y yo le ruego que salga de esta casa — terminó enseñándole la puerta.

— Pero, permita usted, princesa.... — pronunció Malewsky palideciendo.

— La princesa tiene razón — exclamó Belovsorov levantándose también.

— De ningún modo.... yo no me figuraba.... En mis palabras creía que no había molestia.... y nunca tuve la idea de ofender á nadie. Perdóneme usted.

Zinaida le envolvió en una mirada fría y fríamente sonrió.

— Sea, no se vaya usted — dijo con un gesto desdeñoso.—El señor Valdemar y yo nos hemos molestado por una cosa insignificante. Si á usted le place lanzar veneno... ¡Allá usted!

— Dispénseme usted—volvió á decir Malewsky.

En cuanto á mi, acordándome del gesto de Zinaida, pensé que una verdadera reina no hubiera enseñado la puerta con más dignidad que ella lo hizo.

Después de esta escena no continuó por mucho tiempo el juego de los fans. Todo el mundo se encontraba algo molesto, menos por la escena que por otro sentimiento que no se podía definir claramente, pero que pesaba sobre nosotros y del cual nadie hablaba, pero que todos sentían en si mismo y adivinaban en los demás.

Maidanov nos leyó sus versos y Malewsky los elogió con desusado entusiasmo.

— Qué amable quiere parecer — me dijo Luchine al oído.

La reunión terminó pronto. Zinaida se había quedado de repente pensativa. La princesa madre envió un recado diciendo que le dolía la cabeza. Nirmatsky comenzó á quejarse de sus reumatismos.

Durante mucho tiempo no pude conciliar el sueño. La relación de Zinaida me habla impresionado. «¿Es posible que sea una alusión? ¿Se puede deducir algo? ¿Qué pensar? No, no, es imposible» — murmuraba yo revolviéndome en la cama, y buscando la frescura de las almohadas para mis mejillas encendidas. Me acordaba de la expresión del rostro de Zinaida durante su relación... Me acordaba de las exclamaciones de Luchine que se le escaparon en el jardín de Neskutchnoé; el cambio inesperado de Zinaida en su manera de tratarme, y me perdía en suposiciones.

«¿Quién es él?»

Estas tres palabras aparecían constantemente escritas delante de mis ojos; las veía en la obscuridad, como una nube siniestra y rastrera que gravitaba pesadamente sobre mi, y de la cual yo esperaba de un momento á otro que estallara el rayo.

En casa de los Zassequine me acostumbré á muchas cosas: su desorden, sus velas en el salón, los tenedores y los cuchillos rotos, las brusquedades de Vonifati, los vestidos sucios de las camareras, todas aquellas irregularidades de vida, no me impresionaban....; pero no podía habituarme á algo de indefinible que yo notaba en Zinaida.

«Aventurera», decía una vez mi madre refiriéndose á ella.

«¡Aventurera!» ¡Ella una aventurera! ¡Ella, mi ídolo, mi divinidad! Aquel calificativo me abrasaba. Oculté mi cabeza debajo de la almohada para escapar á semejante idea; me sentía indignado, y al mismo tiempo ¿qué sacrificios no hubiese hecho por hallarme en el lugar de aquel afortunado de la fuente?....

Mi sangre hervía y de nuevo deliraba mi imaginación: «El jardín, la fuente — pensé. — «¿Y si fuese yo al jardín?»»

Me vestí rápidamente y me deslicé fuera de la casa.

La noche estaba oscura; los árboles apenas susurraban; del cielo parecía caer una frescura suave; del huerto llegaba el olor del hinojo. Recorrí todos los senderos; el ruido débil de mis pasos, me asustaba y á la vez me daba valor, me detuve, esperé. Escuchaba las palpitaciones violentas de mi corazón; últimamente me aproximé á la empalizada, y apoyéme contra un travesaño.

De repente ¿no fué aquello una ilusión? vi destacarse la silueta de una mujer. Miré fijamente en la oscuridad, conteniendo la respiración. «¿Qué es eso? ¿Es el ruido de pasos lo que oigo, ó siguen siendo los latidos de mi corazón?»

— ¿Quién va? — pude balbucear.

«¿Qué sucede? ¿Ha sido eso una risa sofocada, ruido de hojas ó un suspiro?»

Sentí miedo.

— ¡Quién va! — repetí aún más bajo.

El aire se turbó un instante. En el cielo se dibujó una raya de luz: una estrella que caía. —¡Zinaida! — quise yo decir, pero la voz murió en mis labios.

Enseguida todo volvió á quedar inmóvil á mí alrededor, como á menudo en medio de la noche; hasta los grillos cesaron en sus chirridos, oyéndose únicamente el ruido de una ventana que se cerraba.

Esperé aún, y volví al fin á mi cama fría.

Experimentaba una sensación extraña, como si volviese de una cita, á la cual no hubiera acudido la persona esperada, y hubiese sido testigo de la dicha de otro.

## XVII

Al otro día, sólo vi á Zinaida un momento de paso. Iba en coche con su madre; pero en desquite encontréme á Luchine, que apenas si me honró con un saludo y á Malewsky. El conde me habló en el tono más amistoso.

De todos los concurrentes al pabellón, él solo se había introducido en mi casa, y mamá le apreciaba. A mi padre no le fué simpático, tratándole con una corrección y cortesía que llegaba hasta la ofensa.

—¡Ah, señor paje!—dijo en francés Malewsky, — me alegro mucho de encontrarle. ¿Qué hace la encantadora reina de usted?

Su rostro fresco y guapo me era repulsivo en aquel momento, y me miraba con tal aire de burla y desprecio, que yo no le contesté.

— ¿Sigue usted enfadado? — prosiguió. —Eso no vale la pena. No soy yo quien le ha nombrado á usted paje: y como los pajes se encuentran generalmente en los palacios de las reinas siempre, permítame usted que le haga observar que no cumple bien sus funciones.

— ¿Cómo es eso?

— Los pajes deben hallarse constantemente al lado de sus soberanas, y deben saber todo lo que ellas hacen, vigilándolas de noche y de día — añadió bajando la voz.

— ¿Qué quiere usted decir?

— ¿Qué quiero decir? Parece que me explico con claridad: de día y de noche. De día puede aún pasar, hay claridad y gente; pero de noche, de noche es cuando puede llegar una desgracia. Yo le aconsejo á usted, que no duerma por la noche y que vigile, que vigile con todas sus fuerzas. ¿Se acuerda de la noche, en el jardín, cerca de la fuente? Allí es preciso montar la guardia. Usted me lo agradecerá.

Malewsky se echó á reír y me volvió la espalda. Parecía no dar gran importancia á lo que dijo, y como su reputación era la de un embrollón, que había llegado á la maestría en el arte de la intriga, á lo que le ayudaba mucho su naturaleza mentirosa hasta la inconciencia, quise no hacer caso...

¿Es que trató de preocuparme? No obstante cada una de sus palabras había penetrado como veneno en mis venas y la sangre me subía á la cabeza.

Lo que está pasando — me decía yo — está muy bien. No era por una simple preocupación por lo que yo venia a este jardín. ¡Quizás no sea así! ¡No, no será!—exclamé en voz alta, golpeándome el pecho con la mano, sin saber de un modo claro qué era «lo que no tenía que ser.»

«¿Y sí fuese el mismo Malewsky quien viniera al jardín? Quién sabe si se ha delatado. Es bastante impertinente para hacerlo. ¿Será otro?»— La verja de nuestro jardín era muy baja y no había gran dificultad en saltarla. —En todo caso el que caiga en mis manos no tendrá que felicitarse de haberme encontrado. Yo probaré al mundo entero y á ella, á esa traidora (la llamaba traidora) que sé vengarme.

Volví á mi cuarto y saqué de un cajón de mi mesa un cuchillo inglés que hacia poco tiempo había comprado. Probé el filo de la hoja, y con el entrecejo arrugado, con una decisión fría y concentrada, lo oculté en mi bolsillo, como si aquello me fuera familiar y me hubiese visto en tales asuntos más de una vez.

Mi corazón latía con cólera, y hasta la noche permanecí pensativo y mudo. No tuve nada más que ir y venir sin cesar, apretando en mi

mano el cuchillo, preparándome para algo terrible.

Estas sensaciones nuevas y desconocidas me ocupaban y me distraían hasta tal punto que la Imagen de Zinaida se habla borrado.

En mis oídos sonaba constantemente:

«¿Alecko, joven húngaro, dónde vas, guapo mozo?...» Enseguida: «¡Estas ensangrentado!... ¿Qué has hecho?... —Nada. [\[8\]](#) Con qué sonrisa cruel, repetía yo: «Nada!»»

Mi padre no estaba en casa, pero mi madre, que desde hacía algún tiempo se encontraba en un estado de sorda irritación casi constantemente, notó mi aire preocupado y me dijo durante la cena:

— ¿Qué tienes que estás tan mal humorado?

Por toda contestación sonreí de un modo condescendiente y pensé: «¡Si ellos supieran!»

Dieron las once y me retiré á mi cuarto pero no me desnudé. Sonó media noche. Ya es hora — murmuré entre dientes, abrochándome la americana hasta el cuello; y arremangándome las mangas, y bajé al jardín.

Con anticipación había designado el lugar en que debía montar la guardia. Al final del jardín, en el sitio en que la verja que separaba nuestra propiedad de la de las Zassequine, se apoyaba en un muro común, había un pino aislado.

Ocultándome bajo sus tupidas ramas, podía distinguir, tanto como la obscuridad de la noche permitía, lo que pasaba á mi alrededor. A mis pies se desarrollaba un sendero que me parecía misterioso. Como una culebra se retorcía á lo largo de la verja y pude notar la huella de pasos recientes. La senda conducía a un kiosko redondo formado por acacias de bola. Llegué hasta el pino, me apoyé en el tronco y comencé á vigilar.

La noche era tan tranquila como la anterior; pero el cielo estaba más despejado, distinguiéndose las sombras de los arbustos y hasta de las flores.

Los primeros momentos, me parecieron pesados y sentía como una especie de miedo.

Me hallaba dispuesto á todo, pero me preocupaba la manera de ejecutarlo. «¿Debía decir con voz vigorosa: «¡Donde vas! ¡Párate! ¡Habla ó te mato!» ó sería mejor dar el golpe sin decir una palabra?...

Preparéme inclinándome hacia adelante, pero pasó media hora, una hora, y mi sangre se tranquilizaba y enfriaba.

La idea de que lo que yo estaba haciendo en aquel instante era inútil y hasta ridículo y que Malewsky se había burlado de mi, comenzaba á agitarse en mi cerebro. Abandoné mi puesto y di una vuelta, y como por efecto de la casualidad lo hallé todo tranquilo, todo dormía, hasta nuestro perro acostado y hecho una pelota cerca de la puertecilla de entrada. Subí al muro en ruinas, y delante de mí se extendió la vasta llanura, trayéndome á la memoria mi encuentro con Zinaida en aquel mismo lugar, y mi

salto y lo que luego ocurrió, y quedeme pensativo...

De pronto me estremecí. Parecióme oír el ruido de una puerta al abrirse y después el lijero chasquido de una rama al romperse.

En dos saltos bajé de las ruinas y me quedé petrificado en mi sitio.

Pasos apresurados, pero silenciosos y prudentes se oían en el jardín y se aproximaban á mi.

«¡Míralos!» «¡Míralos al fin!» — Estas palabras atravesaron mi corazón.

Saqué convulsivamente el cuchillo y lo abrí. Todo se me apareció rojo: de cólera y de miedo los pelos se ponían de punta en mi cabeza. Los pasos venían directamente hacia mi. Me incliné y retrocedí para tomar mejor impulso y echarme sobre él. Apareció un hombre... ¡Dios mío! ¡Era mi padre!

Lo reconocí enseguida, aunque iba envuelto en una capa y llevase el sombrero echado sobre la frente. Pasó por mi lado andando con la

punta de los pies y no me vió á pesar de que nada me ocultaba, pero de tal modo me apeloné, que apenas si sobresalía del suelo.

El celoso Otelo, dispuesto á matar, se transformó instantáneamente en un colegial.

De tal modo me espantó la vista de mi padre, que en el primer instante no pude advertir de dónde venia ni á qué lado iba. Sólo cuando todo volvió a la tranquilidad, pense. «¿Qué hace mi padre á estas horas en el jardín?»

De miedo se me cayó el cuchillo de las manos, que no se me ocurrió buscar. Me sentía avergonzado.

Sin embargo, cuando volvía á casa, me aproximé al banco desde donde se veía la ventana de Zinaida. En los vidrios estrechos la luz que caía del cielo se reflejaba en un color azul. De pronto el color cambió y vi, vi claramente que la cortina blanca descendía con prudencia hasta abajo, donde permaneció inmóvil.

«¿Pero qué significa esto?» — exclamé, cuando de nuevo me hallé en mi cuarto. — «¿He soñado?» ó es una coincidencia, ó... Las suposiciones que comencé á hacer eran tan raras y tan nuevas, que no quise continuar.

---

[8] Poema de Pouchine, titulado Los Trigonos.

## XVIII

Al día siguiente me levanté con un fuerte dolor de cabeza. La excitación de la víspera había desaparecido, trocándose en una duda que me oprimía y en una tristeza como jamás la había sentido. Me pareció que algo moría en mi ser.

— Tiene usted el aspecto de un conejo á quien se le hubiese seccionado la mitad del cerebro; — me dijo Luchine que me encontró.

Durante el almuerzo, yo miraba como un ladrón, furtivamente unas veces á mi padre y otras á mi madre. Ambos conservaban su aspecto ordinario: él tranquilo, ella sordamente irritada.

Preguntéme si mi padre vendría á hablarme cariñosamente como algunas veces solía hacer: pero aquel día ni aún la caricia fría de siempre me ofreció.

«¿Debería contárselo todo á Zinaida? —pensé — De todas maneras, de un modo ú otro todo ha terminado entre nosotros».

Fui á su casa, y no solamente no le conté nada, sino que ni siquiera tuve la ocasión de hablar con ella, como hubiese deseado.

El hijo de la princesa había llegado de San Petersburgo para las vacaciones; era un colegial de doce años. Zinaida puso enseguida á su hermano bajo mi protección.

— Aquí tiene usted, mi querido Volodia [\[9\]](#) un camarada, que se llama también como usted. Le ruego á usted que le quiera; tiene un

hermoso corazón. Enséñele usted, Nekutchinoié, pásese usted con él y tómele bajo su protección. ¿Verdad que usted lo hará así?  
¡Usted es tan bueno!

Apoyó al terminar la frase sus dos manos sobre mis hombros, y yo me turbé por completo. La llegada de aquel chiquillo me transformó en chiquillo también. Miré sin decir una palabra al colegial, que sin hablar también me miró. Zinaida se echó á reír, y empujándonos uno hacia el otro exclamó:

— ¡Abrácense ustedes!

Y nosotros nos abrazamos,

— ¿Quiere usted, que yo le lleve al jardín? — le pregunté al colegial.

— Si usted lo desea — contestóme con verdadera voz de cadete.

Zinaida rió de nuevo. Yo tuve ocasión de notar que jamás había tenido la joven tan lindos colores.

Salí con el cadete.

En nuestro jardín había un columpio viejo: le hice sentar en él, y empecé á columpiarlo. Se había sentado, y permanecía inmóvil dentro de su uniforme de tela gruesa, adornado de anchos bordados de oro, y con toda su fuerza se agarraba á las cuerdas.

— Desabotónese usted el cuello —le dije.

— No es necesario; estamos acostumbrados.

Se parecía á su hermana, en los ojos sobre todo me la recordaba y quizás por eso me era agradable servirle; pero no obstante, una áspera tristeza me llegaba al corazón. «En efecto, ahora soy un niño, pero ayer...»

Me acordé del sitio en que había dejado caer la noche anterior el cuchillo, y fui á buscarle y le encontré. El cadete me lo pidió, y con él cortó una caña, se hizo una flauta y comenzó á silbar. Otelo silbó también.

¡Pero en desquite lloró por la noche aquel mismo Otelo, sobre las manos de Zinaida, cuando le encontró en un rincón del jardín y le preguntó por qué estaba triste!

Mis lágrimas brotaron tan de pronto, que la joven se conmovió.

— ¿Qué tiene usted? ¿Qué tiene usted, Volodia?—repetía,—y viendo que yo no contestaba y que tampoco cesaba mi llanto, le vino la idea de besarme la mejilla húmeda. Pero me separé y pude decir entre sollozos:

— Lo sé todo... ¿Por qué ha jugado usted conmigo? ¿Para qué tenía usted necesidad de mi amor?

— He sido culpable con usted, Volodia, — dijome — ¡Ah Volodia, soy muy culpable! — añadió juntando las dos manos. — ¡Cuánto hay en mi de malo, de tenebroso, de perverso!... Pero ahora ya no juego con usted... Le amo, no supone usted todo lo que le amo y por qué... ¿Pero después de todo, qué es lo que sabe usted?

¿Qué podía yo contestarle? Zinaida permanecía de pie delante de mi, mirándome. Yo le pertenecía de la cabeza á los pies cuando ella me miraba... Un cuarto de hora más tarde, jugábamos el cadete, ella y yo á cojernos uno al otro. Yo ya no lloraba; reía, aunque mis pupilas contraídas por la risa echasen lágrimas.

Alrededor de mi cuello, á guisa de corbata llevaba un lazo de la princesita; y cuando conseguí atraparla por el talle en el jardín, resonaron mis gritos de alegría.

Ella hacia de mi lo que quería.

---

[9] Diminutivo de Valdemar.

## XIX

Sería para mí un verdadero apuro tener que contar, en todos los detalles, lo que me pasó durante toda aquella semana que sucedió á mi expedición nocturna! Fué para mi un tiempo extraño y febril, un verdadero caos, en el cual los sentimientos, las más opuestas ideas, las suposiciones, las esperanzas, las alegrías, los sufrimientos cambiaban y se sucedían como los vientos. Sentía miedo de mirar en mí, si es que un muchacho de dieciséis años puede hacer ese trabajo de introspección. Temía darme cuenta de lo que fuese, y me limitaba sencillamente á vivir sin preocupaciones durante el día; y por la noche dormía...

La indiferencia de la infamia me ayudaba. No quería averiguar si era amado, y no quería convenir conmigo mismo que no lo era. Huía de mi padre; pero de Zinaida no podía, aunque su presencia me abrasase como el fuego. ¿Pero, para qué preocuparse de la clase de fuego en que ardía y consumía, desde el momento en que era para mi dulce arder y consumirse?

Me abandoné á su influencia y quise engañarme á mi mismo, rechazando los recuerdos que me hacían daño y cerrando los ojos para no ver el porvenir.

Este estado no hubiera podido durar mucho tiempo.

Un trueno de tempestad vino á detener en redondo las cosas, señalando una nueva vía.

Al entrar un día en mi casa, á la hora de comer, después de un largo paseo, supe con sorpresa que yo estaría sólo á la mesa, porque mi padre había salido y mi madre no se encontraba bien. Apesar de estas razones, por el aspecto de los criados comprendí que algo extraordinario había ocurrido. No me atrevía á preguntar, pero el mayordomo me quería mucho. Felipe, un admirador de los poetas, y un artista tocando la guitarra. Al él me dirigí, y supe que mamá y papá habían tenido una escena terrible, de la cual se había enterado la servidumbre, aunque muchas cosas se dijeron en francés, pero la camarera que había estado algunos años en París lo tradujo. Mamá había reprochado á papá su infidelidad y sus relaciones con la señorita vecina. Al principio papá se había defendido; pero luego se dejó llevar de su carácter, y había pronunciado una palabra cruel para mamá: «Habló de su edad». Después mamá había llorado y dicho no sé qué de un documento firmado á la madre de la princesita, tratando á ambas de mala manera, y entonces papá había amenazado.

— Y todo este conflicto — continuó Felipe — lo ha creado una carta anónima. Quién la ha escrito no se sabe. Sin esto, este asunto hubiera permanecido oculto.

— ¿Pero hay algo de verdad? — pregunté yo con pena, mientras mis manos y mis pies se helaban, y algo se estremecía en el fondo de mi pecho

Felipe hizo un gesto expresivo.

— Si, algo hay. Estos negocios no se pueden ocultar. Vuestro padre es muy prudente; pero en estas intrigas se ve uno obligado á alquilar un coche ó algo así, y siempre hay testigos.

Despedí á Felipe y fui á echarme sobre la cama. No lloré, no me abandoné á la desesperación, no me pregunté todo aquello cómo había sucedido; no me extrañé de no haberlo adivinado antes, y no acusé á mi padre. Aquello que acababa de saber era superior á mis fuerzas. La revelación repentina del misterio, me aplastaba... Todo había acabado... Todas las flores de mi alma habían sido arrancadas

de un golpe y yacían esparcidas á mi alrededor, marchitas y pisoteadas.

## XX

Al día siguiente me anunció mi madre que nos volvíamos á la ciudad. Por la mañana, papá había celebrado una larga conferencia con ella, en su alcoba.

Nadie había oído nada de su conversación, pero todo el mundo notó que mamá no lloraba ya, que parecía tranquila y había comido, solamente que no salió ni cambió de resolución.

Me acuerdo que todo el día erré al azar y que no fui al jardín y ni una sola vez miré hacia el pabellón.

Por la noche fui testigo de una cosa extraña.

Había venido á vernos el conde Malewsky y mi padre al verle, se fué hacia él, cogiéndole por el brazo y del salón lo condujo al vestíbulo, donde en presencia de los lacayos le dijo con una voz fría:

— Hace unos días, en una casa ensañaren la puerta á Vuestra Señoría y ahora yo no quiero entrar en explicaciones, pero tengo él honor de anunciar á V. S. que si de nuevo penetra en esta casa, le arrojaré por la ventana. No me gusta la escritura de V. S.

El conde se inclinó y apretando los dientes se fué.

Se hizo la conducción de los muebles á la ciudad, á la parte de l Arbate, donde nosotros teníamos una casa.

Todo se hizo en silencio, sin prisas; mamá había encargado que se saludase á la princesa y suplicase que la perdonara si una indisposición le impedía ir á despedirse.

Yo estaba fuera de mí y todo mi deseo se reducía á que acabase aquello pronto. Una sola idea me perseguía: «¿Cómo pudo ella, soltera, princesa, dejarse dominar por semejante pasión, sabiendo que mi padre no era libre, y que ella, por el contrario, tenía la posibilidad de casarse con Belovsorov, cuando no fuese con otro? ¿Qué esperaba? ¿Cómo no había temido destrozar su porvenir?»

«¡Si — exclamé —ese es clamor y he aquí hasta dónde pueden conducir la pasión y el cariño!» Y me acordé de las palabras de Luchine: «es dulce para muchos sacrificarse.»

Un momento después advertí una mancha blanca en una de las ventanas del pabellón.

«¿Es posible que sea el rostro de Zinaida? — pensé. Si, era su rostro, y no pude contenerme, no pude resignarme á separarme de ella sin darle el último adiós y aproveché un momento favorable para ir al pabellón.

En el salón me recibió su madre como de costumbre.

La miré y me sentí consolado: la palabra «documento», pronunciada por Felipe, me atormentaba: no, ella parecía ignorarlo todo, ó así me lo pareció en aquel momento.

Zinaida, vestida de negro, pálida, los cabellos sin rizar, apareció en el umbral de la habitación próxima; cogióme silenciosamente por la mano y me llevó con ella,

— He oído la voz de usted y he venido enseguida, ¡Qué poco le cuesta á usted separarse de nosotros, mala persona!

— He venido á despedirme de usted, princesa— contesté — probablemente para siempre, ¿Tal vez ha oído decir usted que nos vamos?

Zinaida me miró fijamente.

— Sí, lo he oído decir. Le agradezco á usted mucho que haya venido y también creo que no nos volveremos á ver. No conserve

usted de mí un mal recuerdo. Alguna vez he atormentado á usted, pero, no obstante, no soy lo que usted se figura.

Volvióse y apoyóse en la ventana.

— Le aseguro que no soy como usted cree, porque yo sé que usted me juzga mal.

- ¿Yo?

— Sí; ¡usted! ¡usted!

— ¡Yo!—repetí amargamente, y mi corazón se estremeció como antes bajo la influencia de la misma fascinación inexplicable é irresistible. ¿Yo? Crea usted, Zinaida Alexandrovna, que cualquier cosa que haya usted hecho, y aún en el caso que haya sido atormentado, yo amaré á usted, yo la adoraré hasta el fin de mis días.

Volvióse hacia mi, y abriendo sus manos, cogió mi cabeza y me besó calurosa y fuertemente, ¡Dios sólo sabe á quién iba dirigido aquel largo beso de despedida! pero yo saboreé mi dulzura, porque sabia que jamás había de repetirse.

— ¡Adiós!, ¡adiós! — dije por última vez.

Se separó de mi lado y salió.

Yo me fui también, y no puedo explicar el sentimiento que en mi alma existía, de qué genero era. No quisiera que semejante emoción se repitiese otra vez-, pero me creería desgraciado si no la hubiera experimentado nunca.

Pasó mucho tiempo antes de que yo pudiese desembarazarme del recuerdo del pasado, y mucho tiempo tardé en comenzar de nuevo mi trabajo. Mi herida se curaba lentamente; pero contra mi padre no sentía el menor rencor. Lejos de eso, parecía haberse agrandado á mis ojos su figura.

Que expliquen los psicólogos como quieran este contrasentido.....

Un dia paseándome por un jardín público vi á Luchine, con verdadera alegría. Yo lo quería por su carácter franco, y después me

era caro por los recuerdos que despertaba en mi. Así pues, me precipité á su encuentro.

— ¡Ah! — dijo y después frunció el ceño. — ¡Es usted joven! veamos, deje que le examine. Continúa usted amarillo; pero no tiene ya aquella desagradable expresión en los ojos: ahora tiene usted el aspecto de un hombre y no de un perro faldero. Está bien. Cuénteme usted, ¿trabaja mucho?

Suspiré. No quería mentir y me daba vergüenza decir la verdad.

— No importa. No se desanime usted — prosiguió el médico, —lo principal es la normalidad de la vida, y saber abstraerse á sus influencias; de otro modo ya sabe usted lo que sucede.

No se está bien más que donde la corriente nos empuja... Yo, ya ve usted, toso, ¿y de Belovsorov ha sabido usted algo?

— ¡No! ¿Qué le ha sucedido?

— Ha desaparecido. Se dice que está en el Cáucaso. Es una lección para usted, joven.

Todo esto porque no supo aprovechar el instante de romper las ataduras. Usted pudo salir sano y salvo; pero cuide mucho de no volver á caer. ¡Adiós!

- «No volveré á caer — pensé — porque no la veré más.»

Pero mi destino era encontrarme aún otra vez con Zinaida y volverla á ver

## XXI

Mi padre salía todas las tardes á paseo, en un excelente caballo inglés, alazán infatigable y resabioso, de largo y fino cuello y de piernas nerviosas y largas también; se llamaba Eléctrico. Excepto mi padre, nadie podía montarlo,

Un día en que papá se encontraba en buena disposición de humor, como desde hacía mucho tiempo no le veía, se me acercó. Iba á montar á caballo y ya tenia calzadas las espuelas. Yo le rogué que me permitiera acompañarle.

— Mejor es que pasemos la tarde de otra manera, pues con tu caballejo no podrás seguirme.

— Si; me pondré también espuelas.

—Vamos, pues.

Partimos.

Fuimos por todos los boulevards, pasamos por los campos Devitchi, saltando muchas empalizadas. Al principio tenía miedo de saltar, pero yo sabia que mi padre despreciaba á los miedosos y ya no tuve más miedo.

En dos carreras atravesamos la Moscova, y me creí que ya íbamos á volver á casa, más aún porque mi padre observó que mi caballo estaba fatigado, cuando de pronto le vi volver su alazán y alejarse por el lado del barrio de Crimea galopando á lo largo del rio. Le seguí, y al pasar por el lado de un montón de troncos desmontó mi padre, y me ordenó que hiciese lo mismo dándome las riendas de

Eléctrico y diciéndome que le esperase allí, y dicho lo cual volví por una callejuela y desapareció.

Me puse á pasear por el lado del rio, llevando los caballos detrás de mí, y riñendo á Eléctrico que no hacia más que sacudir la cabeza, piafar y relinchar. Cuando yo me detenía, escababa el caballo la tierra, ya con una ya con otra pata, delantera, mordía relinchando el cuello de mi jaca, y en una palabra, se portaba como un «pur sang» mimado.

Mi padre no volvía. Del rio comenzaba á subir un fresco desagradable, y una lluvia finísima empezaba á caer suavemente, manchando con pequeñas sombras el suelo.

El aburrimiento se iba apoderando de mí, y mi padre decididamente no volvía.

Un agente de policia, de origen finandés, se aproximó á mi y me dijo:

— ¿Qué hace usted aquí con estos caballos, joven señor? Démelos usted y yo los tendré un rato.

No le contesté; me pidió tabaco. Para desembarazarme de él y porque mi impaciencia aumentaba, di algunos pasos en la dirección que mi padre había tomado. Fui hasta el extremo de la callejuela, doblé el recodo y me detuve. En la calle, á cuarenta pasos de mí, delante de la ventana abierta de una casita de madera, se hallaba mi padre de pie, de espaldas á mí. Estaba inclinado sobre la ventana, y pude ver que en ella, medio oculta por la cortina, se encontraba sentada una mujer vestida con un traje oscuro, hablando con mi padre.

Aquella mujer era Zinaida.

Me quedé estupefacto. De ningún modo me esperaba aquello. Mi primer impulso fué de escapar. «Mi padre va á volverse y estoy perdido.» Pero un sentimiento extraño, un sentimiento más fuerte que la curiosidad, hasta más fuerte que los celos, más fuerte que el miedo, me retuvo. Continué mirando y me esforcé por oír.

Me parece que mi padre exigía algo y que Zinaida se resistía. Aun en este instante, veo el rostro de la joven, triste, serio, bello, y con una expresión inexplicable de adhesión, de amor y de desesperación; no puedo encontrar la palabra.

Dijo no sé qué, sin levantar los ojos, y sonrió, demostrando á la vez un aire de sumisión y de firmeza.

En aquella sonrisa volví á encontrar completamente á mi Zinaida de antes.

Mi padre levantó los hombros y arreglóse el sombrero, lo cual significaba en él el signo de impaciencia; después oí estas palabras:

— «Usted debe separarse de esta...— Zinaida irguióse y adelantó el brazo... De repente mis ojos vieron un hecho increíble. Mi padre levantó el látigo con el cual se sacudía el pantalón en aquel instante, y se oyó resonar un golpe agudo en aquel brazo desnudo hasta el codo.

Apenas pude contener un grito.

Zinaida se estremeció, echó una mirada muda sobre mi padre, y besó la señal que el látigo había hecho en su brazo.

Mi padre arrojó el látigo, y subiendo los pocos escalones del portal, se introdujo en la casa. Zinaida volvióse, y con los dos brazos extendidos y la cabeza hacia atrás, desapareció también de la ventana.

Con una opresión de espanto, con una especie de terror y de estupefacción en mi alma, desandé el camino apresuradamente, atravesé de nuevo la callejuela, y aun á trueque de hacer huir á Eléctrico, volví á mi sitio, medio aturdido. Yo sabia que mi padre, frío y con gran dominio sobre sí mismo, á veces se dejaba dominar por accesos de rabia, y á pesar de eso, yo no podía acostumbrarme á la idea de lo que había visto y no podía tampoco comprenderlo. Pero desde el primer momento vi que jamás me sería posible olvidar ni el movimiento, ni la mirada, ni la sonrisa de Zinaida; que su imagen,

aquella imagen que de repente se había levantado ante mi vista, se grababa para siempre en mi espíritu.

Miré estúpidamente el río y no sentí que las lágrimas rodasen por mis mejillas.

«¡Le pega!, ¡le pega! — pensé. — ¡Le pega!...

— Vamos, dame mi caballo — oí que detrás de mi me decía mi padre.

Maquinalmente le entregué la brida. Saltó sobre Eléctrico; el caballo, que tenía frío, se encabritó y dió un salto como de tres metros, pero mi padre lo dominó enseguida con las espuelas y dándole puñetazos en el cuello.

— ¡Eh!... no tengo látigo — murmuró.

Me acordé de la escena y me sentí estremecer.

— ¿Dónde lo has puesto? — pregunté unos momentos después; pero no obtuve contestación.

Puso su caballo á galope y yo le seguí por que tenía absoluta necesidad de verle la cara

— ¿Te aburrías sin mi? — me preguntó con los dientes apretados.

— Un poco. ¿Pero dónde has perdido el látigo?

Mi padre me echó una rápida ojeada.

— No lo he perdido — dijo — lo he tirado.

Quedóse pensativo y bajó la cabeza. Y entonces, por primera vez, y probablemente por última, vi cuánta dulzura y cuánto pesar podían expresar aquellas facciones.

Puso de nuevo su caballo á galope y yo no pude seguirle, llegando á casa un cuarto de hora después de su llegada.

«He aquí lo que es el amor — me decía yo por la noche sentado delante de mi mesa, sobre la cual ya comenzaban á mostrarse los cuadernos y los libros.— «¡He ahí la pasión! ¡Cómo no irritarse!

¿Cómo se soporta un golpe de una mano sea la que fuere? ¡Aún da una mano adorada!... ¡Indudablemente puede ser cuando se ama!... ¡Y yo!... Yo que me imaginaba...»

Las últimas semanas me habían envejecido mucho. ¡Como mi amor, con sus agitaciones, sus perturbaciones, y sus sufrimientos, me parecía algo así, infantil, pequeño, mezquino, ante esa otra cosa desconocida, que apenas podía adivinar y que me espantaba como una imagen bella y terrible, que se procura distinguir en la sumi oscuridad.

Aquella misma noche tuve un sueño extraño y horrible. Entraba en un cuarto bajo; mi padre estaba allí, de pie con el látigo en la mano, pataleando contra el suelo.

En un rincón se hallaba aterrorizada Zinaida, con una señal roja, no en la mano, en la frente; detrás de ella y de mi padre, Belovsorov ensangrentado abriendo sus labios pálidos y amenazando á mi padre con cólera.

Dos meses después ingresaba yo en la Universidad y seis más tarde moría mi padre de apoplejía en San Petersburgo, donde vivíamos desde hacia algún tiempo.

Unos días antes de su muerte había recibido una carta de Moscou, que le excitó vivamente.

No sé qué pidió á mi madre antes de morir y se dijo que había llorado... él, mi padre.

La misma mañana del día en que el ataque lo mató, había empezado para mi una carta en francés.

— «Hijo mío — escribió — guárdate del amor, teme sus dichas, teme sus venenos.»

Mamá, después de la muerte de su marido envió á Moscou una suma bastante fuerte da dinero.

Pasaron cuatro años. Acababa de salir de la Universidad, y no sabía aún qué hacer ni á qué puerta llamar.

Una noche en el teatro me encontré á Maidanov casado ya y funcionario del Estado. No encontré ningún cambio en él: sus mismos entusiasmos rápidos do antes é iguales accesos de melancolía.

—¿Usted sabe—me dijo entre otras cosas — que la señora Dolski está aquí?

— ¿Qué señora Dolski?

—¿Ha olvidado usted ya á la princesa Zassequine de la cual todos estábamos enamorados, usted también, en el campo, cerca de Neskut choié?

— ¿Se ha casado, pues, con Dolski?

— Sí.

—¿Y está aquí en el teatro?

—No, en San Petersburgo. No hace mucho que ha llegado y se dispone á partir para el extranjero.

—¿Y qué tal hombre es su marido?

—Un buen chico con bastante dinero, y colega mío en Moscou. Usted comprende que después de la historia que hubo... usted debe saberlo bien... (Maidanov se sonrió de un modo significativo) no era fácil para ella encontrar marido... Pero con su ingenio todo es posible. Vaya usted á hacerle una visita, se alegrará mucho de verle. Está más guapa todavía.

Me dio la dirección de Zinaida, que se había alojado en el hotel Delnut, y yo me prometí ir á verla, porque antiguos recuerdos se habían despertado; pero asuntos cualesquiera me lo impidieron.

Pasó una semana, y pasó otra, y cuando un día al fin me dirigí al hotel Delnut y pregunté por la señora Dolscka, supe que cuatro días antes había muerto, casi repentinamente, después del puerperio.

Algo me oprimió el pecho. El pensamiento de que pude haberla visto y no la vi, y que no la vería nunca más, se adhería á mi con toda la fuerza de un reproche que me torturaba sin que me fuera posible rechazarle.

«¡Muerta!» — me repetía mirando estúpidamente al conserje; y después salí lentamente, yendo sin saber dónde.

Todo el pasado apareció delante de mis ojos. «¡He aquí cómo ha terminado; he aquí tras lo que corría agitada y rápida aquella vida abrasada y brillante!»

Pensaba esto y volvía á ver los rasgos tan queridos, aquellos ojos, aquellos bucles en una caja estrecha, en la obscura humedad del subterráneo, muy cerca de mi, viva aún, y quizás también muy cerca de mi padre.

Pensaba todo esto; en ella estaba mi espíritu, y no obstante:

De labios indiferentes he sabido

la nueva de su muerte.

E indiferente la he escuchado...

resonaba en mi alma.

¡Oh juventud, juventud! ¡Nada te preocupa. Pareces poseer todos los tesoros del mundo, la misma tristeza te mece, la misma melancolía te sacia; tienes la seguridad y la insolencia! Dices: «Mira: ¡Yo sola vivo!» Y sin embargo tus días también pasan y desaparecen sin dejar rastro, y todo en ti desaparece, como la cera al sol, como la nieve... Y puede que todo el misterio de tu encanto consista, no en la posibilidad de realizarlo todo, sino en la posibilidad de pensar que todo lo puedes realizar. Consiste precisamente en gastar las fuerzas que no podrías emplear en otra cosa, y eso hace que cada uno de nosotros se considere como un prodigio y piense que más tarde tendrá el derecho de exclamar: «¡Oh, que cosas hubiera podido hacer, si no hubiese perdido en vano el tiempo de mi juventud!»

Así yo... ¿qué no esperarías? ¿Qué espléndido

porvenir no preveía cuando con un solo suspiro, con una simple sensación de tristeza evocaba el recuerdo de mi primer amor?

¿Y qué ha quedado de todas mis esperanzas?

Ahora cuando ya sobre mi vida empiezan á caer las sombras de la tarde ¿qué me ha quedado más fresco, más querido, que el recuerdo de esta tempestad de primavera que estalló y pasó tan rápidamente?

Pero es en vano que yo me calumnie.

Aún en aquel tiempo de ligereza y de juventud, no permanecí sordo á la voz triste que me llamaba y al ruido solemne que salía del fondo de la tumba...

Me acuerdo que algunos días después de haberme enterado de la muerte de Zinaida, atraído por no sé qué secreto deseo, asistí á la muerte de una pobre vieja que habitaba en nuestra misma casa.

Sobre duras tablas, cubierta de harapos y con un saco por almohada, allí se quejaba penosamente. No había conocido ninguna alegría; jamás había saboreado la miel de la felicidad. Parecía que debiera alegrarse por aquella muerte que para ella significaba la libertad y la paz; y no obstante, todo el tiempo que su pobre cuerpo se empeñó en vivir, que su pecho se levantó dolorosamente bajo su mano fría, antes que las últimas fuerzas la abandonaran, no cesó de hacer el signo de la cruz y murmurar:

— ¡Señor, perdona mis pecados!

Y hasta el postrer instante, con el último reflejo de su inteligencia fué cuando sus ojos no expresaron ya la aprensión y el miedo de la muerte.

Me acuerdo que entonces, á la cabecera de aquella pobre vieja, mi corazón se oprimió de angustia al recuerdo de Zinaida y quise rezar por ella, por mi padre y por mí.

**FIN**

**¡Gracias por leer este libro de**  
**[www.elejandria.com](http://www.elejandria.com)!**

**Descubre nuestra colección de obras de  
dominio público en castellano en nuestra web**